Trabajos seleccionados del Concurso:
El aborto en mi vida (y en la de las otras)
realizado en el año 2020.

Primera edición: Noviembre 2022
Coordinación editorial: Milagros Olivera
Corrección de estilo: Lía Ramírez
Ilustración de cubierta y diagramación: Selva Félix

Copyleft. Este libro no tiene ningún derecho reservado.
Se invita a su reproducción y difusión a través de todos
los medios posibles.

En mayo del 2020, cuando el aislamiento social obligatorio se convertía, de pronto, en la nueva normalidad, en Serena Morena lanzamos el concurso “El aborto en mi vida (y en la de las otras)”. Decidimos ir, una vez más, a contracorriente.

Estábamos en medio de una pandemia, con familiares y amigxs enfermxs. Personas queridas morían, mientras los hospitales colapsaban. Era momento de leer a otras, de escuchar y observar más. Es así como decidimos abrir una convocatoria para recibir trabajos creativos acerca del aborto, y convertirnos, en lugar de productoras famélicas de contenido digital, en receptoras de historias narradas e ilustradas. Decidimos ser testigos fraternas de los relatos y experiencias de las demás.

El aborto en mi vida (y en la de las otras) no fue un concurso pensado para las mujeres que hemos acompañado. Nuestro objetivo no era evidenciar la transformación de la experiencia de una mujer que aborta acompañada, aunque en algunos textos que recibimos, esto ocurría. Nuestro objetivo era fomentar la expresión, amplia y contradictoria, de aquellas que han abortado.

El concurso se dividió en dos categorías. La primera fue Letras. Los jurados fueron la periodista colombiana Helena Calle, la activista de derechos humanos Sasa de la Cruz y la escritora Tilsa Otta. La segunda categoría fue la de Artes Visuales, y tuvo como jurados a lx sociólogx Malú Machuca, la creadora audiovisual Belemba Romero, la artista visual Yssia Verano y la artista colombiana Linda Pongutá.

Al crear estas dos categorías, nos propusimos que, en épocas de pandemia, de encierro, podamos destinar energías a pensar cuestiones a las que, tal vez, en épocas pre pandémicas, no sería posible darle espacio.

Introducción
Hasta que la dignidad se haga costumbre *por Cecilia Sime*
Dieciséis
por Constanza Hidalgo
Legrado
por Valeria Román
Aborto mental
por Lesly Luján
Margaritas
por Bereniz Tello
Qaly Allpa, tierra poderosa, tierra firme *por Neufa Quispe*
¿Qué sería?
por Ángela Palomino
Niña, no mamá
por Angi Lozano
Ruido en nuestras vidas
por Judith Tarrillo y Katherine Fernández
Matilda, violada, la falda ya no le cierra *por Celeste Alfaro*
Elipse, en primera persona
por Adriana Cabrera
Atraso Menstrual
por Claudia Miyahira
Detrás de la luna
por Ana Delia Mejía
Yo aborté
por Johanna Casafranca
Raíces y sogas
por Ana Patricia del Águila
Con el tiempo te volviste huaco
por Romina Chuls
No nos conocen
por Celi
Solamente yo
por Thamia Caballero
Ave María
por Daniela del Castillo
Yo aborté y tu mamá también
por Farrah Escobar
Existir es resistir
por Val Moreno
Caziopía
por Dila Henostroza

En la categoría Letras, recibimos textos muy poderosos, escritos con mucha técnica y destreza. Y también recibimos textos viscerales, catárticos, urgentes. Algunos abordaban el aborto como un proceso emancipador, otros tenían un enfoque aún herido y desolador. Si bien hemos priorizado el tipo de relatos que no tienen cabida en los medios de comunicación y, en general, en la sociedad, como aquellos que hablan del aborto desde la emancipación y la esperanza, consideramos que, en muchos casos, más allá del tenor que acompañe al texto, el solo el hecho de sentarse a escribir es una resignificación en sí misma.

Sasa de la Cruz mencionó que, al momento de seleccionar el texto ganador, ella apostó por priorizar las historias que ponían "en el centro" a la compañera que decidía abortar.

Por su parte, Helena Calle resaltó la diversidad de miradas que coexistían en los textos leídos.

"También quería decir algo que me pareció muy interesante: son treinta mujeres que relatan unos abortos muy distintos, en contextos muy diferentes. Hay mujeres que contaron cómo abortaron en medio de una fiesta, y eso me pareció uf, como volarte la cabeza. Yo, a pesar de haber estado en Lima solo una vez en la vida, pienso que son relatos universales de dolor y confusión. Yo me sentí en cualquier ciudad latinoamericana con leyes restrictivas sobre aborto".

Para Tilsa Otta, el concurso abrió una importante posibilidad de transformación de la experiencia individual.

"Es importante evaluar lo catártico que ha tenido este concurso, y dentro de todo, estas personas son las que hasta ahora están ganando. Porque para ellas ha sido muy importante poder verbalizar y articular y darse cuenta de la situación. Eso es muy destacable del concurso", reflexiona.

Los textos tenían múltiples escenarios y escribas. Pudimos leer a mujeres que escribían desde Amazonas, Huánuco, Lima, Huancayo, Ayacucho y Cusco.

En la categoría Letras, el jurado dio como ganadoras, en primer lugar, a Cecilia Sime, con el texto "Hasta que la dignidad se haga costumbre". En segundo lugar, a Valeria Román, con el poema "Legrado". El tercer lugar, fue para Bereniz Tello, con el cuento "Margaritas".

Acerca del texto ganador, Tilsa Otta reconoció que aborda "las implicancias políticas, morales, legales y sobre todo emocionales del aborto. Este último tema, que como señala la autora, suele estar ausente. Desde una articulada perspectiva feminista lúcida y tierna, construye un panorama amplio y holístico del asunto, ontológico y con toque satíricos acertados desde una fortaleza ganada a pulso del aprendizaje".

Acerca de "Legrado", mencionó la riqueza y calidad del poema. "Esto está en otro nivel poéticamente. Simplemente me encantó".

Para Sasa, "Hasta que la dignidad se haga costumbre", habla de la maternidad "como emboscada". "Cómo por un lado te bombardean con este mandato de la maternidad y, al mismo tiempo, es un mundo que prohíbe ejercer la maternidad con dignidad, donde los niños y las niñas vivan de una forma pacífica, con derechos".

Alrededor de "Margaritas", cuento que relata el aborto de una mujer y la complicidad que tejió con su abuela, de la Cruz valoró que en este relato se pone en manifiesto la cotidianeidad del proceso de aborto. "Me pareció muy bonito lo de la abuela, que finalmente haya una complicidad, que finalmente está el apoyo de las mujeres que nos acompañan en la vida y que nos van a educar en todo".

Helena Calle menciona que la potencia del cuento "Margaritas" reside en dónde se sitúa el relato. "En esta fiesta barrial, popular. Me parece bello porque es una persona como yo, una como nosotras, abortando alegremente, acompañada por una persona que la entiente.

Las jurados también reconocieron la originiladidad y lucidez que propone Valeria, autora de Legrado, al momento de aproximarnos, como pacientes, como mujeres que abortan, a un consultorio de aborto quirúrgico.

En la categoría Artes visuales, la ganadora fue Constanza Hidalgo, con la obra Dieciséis. El segundo lugar fue para Lesly Luján, con la obra Aborto mental y el tercer lugar fue para Neufa Quispe, con la obra Qaly Allpa – tierra poderosa, tierra firme.

Malú Machuca reconoció que el trabajo ganador utiliza los elementos del cómic para transmitir la ansiedad que afronta una menor de edad al momento de abortar. Tomando en cuenta que Hidalgo tenía diecinueve años al momento de postular al concurso, su voz y trazo juvenil, así como la reflexión que plantea, se centra en la experiencia adolescente del aborto.

"No necesariamente una relación sanadora sobre el aborto, sino quizás un proceso previo y real en un contexto en el cual el aborto está criminalizado y no tienes realmente una opción segura preestablecida para decidir".

Acerca de "Aborto mental", obra que obtuvo el segundo lugar, Machuca refirió la importancia de exponer la tensión que existe entre la maternidad y el aborto, incluso durante la gestación.

"Estamos hablando de una persona que pone su cuerpo para esta performance, que ya está embarazada, y no puede abortar, pero el aborto es un fantasma constante en su embarazo. Me pareció súper valiente poner el cuerpo que ha tomado la decisión de no abortar, pero para hablar también de cómo existen esos momentos de dubitación, de vacilación, y siento que es un tabú para muchas personas que quizá ya han tenido hijos".

En el caso de la artista visual Yssia Verano, ella reconoció la potencia en la aparente neutralidad que transmite la obra Qaly Allpa – Tierra poderosa, tierra firme. "Es una representación en dibujo que a nivel temático no reduce el aborto a la victimización ni a la idealización. Se evidencia el aborto como una experiencia propia, proceso de conciliación con una misma, de crecimiento, vinculación con la naturaleza y con el conocimiento ancestral. Si bien la técnica es tradicional (dibujo) la representación a nivel compositivo, temático y técnico es interesante y visualmente potente", reconoció, en coincidencia con la artista plástica Linda Pongutá, quien también valoró la belleza de la obra y la relación que establece entre los procesos reproductivos y la naturaleza.

Para Belemba Romero, muchas de las obras fueron un homenaje a las mujeres. Tanto para aquellas que tuvieron procedimientos seguros, como para aquellas que perdieron la vida mientras intentaban abortar. ***"Siento que es como un hito, como un homenaje a todas estar mujeres. Es triste, pero es real. Mucha gente que ha muerto en medio del proceso".***

Este libro es un esfuerzo de Serena Morena para poder seguir estimulando el diálogo en torno al aborto en el Perú desde diferentes frentes. Porque nosotras también hemos abortado y estamos aquí para contarlo. Hasta que sea legal, libre, seguro y gratuito. Hasta que la dignidad se haga costumbre.

Serena Morena, junio del 2021. Iquitos, Perú.

Hasta que la dignidad se haga costumbre

Por Cecilia Simé

Primer puesto categoría letras

Aborté un 8 de diciembre, Día de la Inmaculada Concepción, porque era feriado. No tenía que ir al trabajo, pero podía mentir. Podía decir en casa que sí, desaparecer un día entero —o por lo menos lo que dure la jornada laboral— sin levantar sospechas. Cuatro pastillas debajo de la lengua cada tres horas. Pensaba que si necesitaba tomar doce, estaría de regreso a la hora habitual. Fue en un hostal del Centro de Lima. ¿Dónde más? Ambos vivíamos con nuestras (hermosas) familias (tradicionales) aún. Al final, la jornada se extendió y yo me sentía muy mal, no podía pararme de la cama, tenía el cuerpo muy debilitado. Como a la medianoche mi padre me llamó y como no le respondí me mandó un mensaje, claramente molesto, diciéndome que llegue a casa ya y me haga cargo de mi hijo. Eso estaba haciendo, estaba abortando, porque no podía con dos criaturas.

Lloré un mes entero, casi todas las noches. Es falso eso de que abortar te causa depresión, entre otras secuelas psicológicas, como anuncian los autodenominados defensores de la vida. Yo no sentía culpa, sabía que había hecho lo correcto, pero me dolía (y no me refiero solo al cuerpo). No quería ir a trabajar, pero quién le da un descanso médico a una mujer después de abortar. No en este país. En realidad, solo quería estar en mi cama uno o dos días recuperándome, evitando todo esfuerzo físico y mental. Pero yo me dediqué a continuar con mi actividades regulares, como si nada hubiera pasado, porque eso parecía.

Cuando sentía dolor en el bajo vientre, mis compañeros lo notaban. Algún gesto, algún sonido, algo me delataba. Ante su preocupación, decía que tenía cólicos menstruales, unos muy fuertes. Quería que mi madre me abrace, me acompañe con una compresa caliente, como cuando era más chica. Quería llorar tranquila en el bus de regreso a casa. Pero no podía hacer nada de eso. Nadie sabía que había abortado. Solo quería comprensión y soporte. Pero tuve que callar y somaticé el grito hacia dentro.

Fue una época de sangrado prolongado, bastante ibuprofeno, hierba y alcohol para reír, olvidar cómo se llora. Luego de que me di cuenta de que a nadie le importaba, empecé simplemente a evitar sentir pena, tristeza, dolor, confusión o lo que sea que simplemente me hiciese llenar de lágrimas los ojos. A M., mi compañero entonces, el otro responsable de la fecundación, le decía que no quería tocar el tema; de lo contrario, empezaba a chillar.

Evadía mi llanto.

luto interno

reniego de mi útero

Días antes, un lunes, me encontré con M. a la salida del trabajo. Tenía casi dos semanas de retraso y ya habíamos hablado de la posibilidad de estar embarazada. Decidimos comprar un test en la farmacia e ir a un hostal (de nuevo, ¿dónde más?). Entré al baño de la habitación, solté la orina y de inmediato se tiñeron las dos líneas. Estaba en negación, me sentía estúpida, ¿cómo otra vez? Mientras, él seguía hablando desde la cama. Empecé a llorar, sabía lo que venía. Y pasó como en las películas, de pronto los diálogos dejaron de serlo, eran audibles, pero lejanos, ininteligibles. Salí, me recosté a su lado y le dije que salió positivo. Me abrazó. Silencio.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que se oyó un golpe seco en el piso de arriba, y luego un llanto. Un llanto de bebé. ¿Qué hacía en ese tugurio al que la gente solo va a tirar —o hacerse pruebas de embarazo—? Luego las voces de una mujer y un hombre. Empecé a llorar más, más confusamente, como respirando el líquido. Me parecía una broma de mal gusto. ¿Qué hacía un bebé ahí? ¿Por qué justo en ese momento? Quise salir y tocar la puerta de esa habitación, decirles que yo podía cuidar a su bebé por mientras, que no se preocupen, que hagan lo suyo, yo podía cuidarlo, que lo más importante es atender el llanto a tiempo, que de acuerdo a mi experiencia solo bastaba cargarlo en brazos un rato y consolarlo, darle un beso en la frente, decirle que todo va a estar bien, que solo quería sentir protección, pero si no podían en ese momento, yo podía sustituirlos, sigan, no se preocupen por nosotros, que ese llanto me estaba matando.

Pero M. me dijo que no. No es necesario, seguro es una familia que no tiene dónde pasar la noche.

Me dejé tranquilizar. Me dejé arrullar.

dale cafeína a tu bebé

y luego escribe un manual para abortar

for dummies y publícalo

exprímete la leche de las mamas

para tu gata

(que te odia)

(pero no te lo dice)

ve al hotel de siempre

recuéstate

abre las piernas

y espera al falo

tirano, pero que amas

finalmente

recuerda que

tu cuerpo nunca te perteneció

Quedamos en que usaríamos el feriado. Nos informamos y decidimos por las pastillas. Es el método menos invasivo y más seguro (no solo a nivel médico, sino emocional y afectivo). Se trata de pasar un día entero en cama, lo ideal acompañada de una, dos o tres personas, tampoco tantas, que puedan brindar el calor, comprensión y cariño que se necesita en un momento así. Llamé a una línea telefónica que se creó con el fin de brindar información veraz sobre cómo abortar con medicamentos. Como feminista, ya conocía el protocolo, pero es distinto cuando te sucede, quería tener la oportunidad de poder repreguntar o contextualizar mis interrogantes. La persona que me atendió fue muy oportuna, concisa, prudente, pero no me quiso decir dónde conseguir las pastillas (no adulteradas y sin mucho sobreprecio). El Código Penal peruano prevé hasta cinco años de cárcel efectiva para las personas que ayudan a las mujeres que abortan o buscan hacerlo. Lo curioso es que hay millones de avisos que dicen "ATRAZO MESTRUAL", acompañados de números telefónicos (registrados con un documento de ¡identidad!), que empapelan los postes de la ciudad y también figuran en la web. Estos son los lugares en los que mueren muchas mujeres por abortos clandestinos.

Tendría aproximadamente seis semanas. La ingesta era segura hasta las doce. Los días pasaban y sentía, según yo, su movimiento después de tomar café por las mañanas, camino al trabajo. Después me enteraría que se trataba de espasmos uterinos —claro, si estamos hablando de un embrión, sin extremidades—. Finalmente M. consiguió las pastillas. Yo no le conté a nadie lo que estaba pasando. La semana avanzó muy rápido, pero la razón principal fue que me había alejado tanto de mis amigas, amigues, que no sentí la confianza necesaria para hablarlo.

Y supongo que seguía en negación.

sacúdete la vergüenza

tu madre también abortó

alguna vez.

***

No debería ser tan difícil maternar en estos tiempos, pero lo es. Lo paradójico es que el relato hegemónico te impulsa a "formar familia"; esto quiere decir a casarte y a reproducirte. Te persuade, te convence, te motiva, incluso bajo la promesa de premiarte con su idea de felicidad, de realización. Y todo esto dentro del pack "institución del amor": matrimonio + maternidad. Esa es la ficción universal, extendida por todo el globo así como la epistemología occidental.

En la práctica, la maternidad es un acto solitario. Lo feliz son las risas y abrazos que una comparte con ls hijs. Todo lo demás, difícil: la falta de tiempo, la supeditación de los sueños, los malabares financieros, la ausencia de políticas públicas en torno a los cuidados y el trabajo en casa no remunerados. Es aun difícil con una pareja con la que supuestamente se comparte las tareas. "Soltera", o mamá que cría sola, es el triple de difícil. Aunque en realidad nunca críamos solas. Hay toda una red de otras mujeres que nos echan una mano para no consumirnos vivas o perder la cordura: las abuelas, las tías, las hermanas, las primas, las amigas, en fin.

Una de las más famosas consignas por la legalización del aborto en América Latina es "la maternidad será deseada o no será". Esa es la idea que nos vendieron todo el tiempo. En esta sociedad, la maternidad es lo único que nos enseñan a desear a las mujeres. Y nuestro deseo erótico anulado. Virgen o puta, siempre al servicio del varón. No podemos desear el sexo, no, solo la consecuencia. Desde pequeñas nos llenan de bebés, nenucos, ñañas. Con dos, tres, cuatro años paseando a esas criaturas de plástico en un cochecito, bañándolo, cambiándole el pañal, y los tías aplaudiendo, los tíos riendo, los abuelos chochos. Si el protagonista, en cambio, había nacido con un pene, lo castigaban. Habrase visto, un hombre cuidando de sus hijos, qué barbaridad. Ni en la ficción infantil era permitida tal cosa.

Pero cómo disociar esta idea de nuestras mentes si es la base de la construcción de nuestra identidad. No eres una mujer de verdad si no eres madre. Este condicionamiento es la causa y consecuencia de la socialización de la maternidad como núcleo y cenit de nuestras vidas. Y cuando por fin nos "realizamos" como tales, aparecen más exigencias. Pero, ¿qué esperabas? La fiscalización a las madres es una cuestión alucinante. No tiene descanso, se da todo el tiempo, a todas horas. Para los padres, no. Basta con que aparezcan de rato en rato. Si hay foto, mejor. Aplausos. Vamos, que ls niñs son el futuro del país, de este país embargado por corruptos y demás impresentables que en el pasado eran el futuro del país. Detrás de esta glorificación de la madre sacrificada y abnegada, hay un desprecio colectivo a las mujeres. Es la excusa para no aceptar que como sociedad hemos fallado y lo seguiremos haciendo. Hemos —han— encontrado a la perfecta culpable.

Si te ven sola (esta palabra tiene un sentido algo complicado en el caso de las mujeres; esta vez quiere decir: sin el niño, porque asumen que es una extensión de tu cuerpo), ¿dónde lo dejaste? ¿Con quién? Con la abuela, claro, mamá luchona. ¿Con la tía? Qué descuidada. ¿Con la vecina? Después no te quejes si le pasa algo a esa criatura. ¿A dónde estás yendo? ¿Qué es más importante que estar con tu hijx? Trabajar, ah, ya, marcas salida y derechita a tu casa. ¿Qué? ¿Estás yendo a visitar a una amiga? Para eso no hubieras tenido hijo. ¿Por qué estás triste? ¡¿Depresión?! Pero con tan linda compañía, qué egoísta, qué tonta. ¿Cómo te puedes sentir sola? No te creo que varias amistades se hayan alejado de ti porque piensan que solo vas a hablar de tu crío. Busca a otras madres pues y, de paso, a una niñera. Tampoco lo cuides todo el tiempo tú; tienes que encontrar un "trabajo de verdad". ¿Estás cansada? No te escucho. Si algo te molesta, mejor te callas, por el bien de tu familia. Tu vida se limita al cuidado de otro ser, si es que no son más.

Esto conduce a la maternidad como emboscada. No hay forma de reclamar si la misma culpada se siente culpable. Se te exige todo el tiempo perfección y la demostración constante de que lo estás pasando bien. No te quejes, nunca te quejes. Sonríe siempre. Esto finalmente termina por despersonalizar a las mujeres. Y a nadie le importa. ¿O sí? Pretenden que les importa, pero en realidad es el pretexto para permanecer en la inacción, esa misma inacción que aboga por el futuro del país. Sientes culpa si eres madre, sientes culpa si no lo eres. Alguien debería escribir sobre la relación histórica entre las mujeres y la culpa.

Por eso, yo he decidido vivir una maternidad libre, disidente si se quiere. Una vuelta a la niñez, un acompañamiento y un aprendizaje de ida y vuelta. Un disfrute auténtico (no como parte del montaje para las redes sociales). Un cuestionamiento también. Pero cuánto ha costado, sobre todo el enfrentamiento a la mirada juez —en realidad, alienada— de los mayores. Derribamos su sistema de control del buen comportamiento y posterior

punición. Porque siempre hay punición. Te mintieron si te dijeron que no. Por eso, yo elijo no ser sumisa y zafarme de sus códigos.
Llegó el pequeño y me despertó de mi sueño adulto.

***

Aborté también el mito del compañero, el de izquierda, ese aliado, el ser deconstruido que cada tanto postea sobre la lucha feminista, haciendo gala de su apoyo —siempre oportuno— al movimiento de compas, a las que veía con ojos de lobo ("que sea feminista la hace más rica", lo escuché; "lo mejor de la burguesía son sus vinos y sus mujeres", me lo dijo). Ese compañero que a solas pretende escuelearte, que te dice "primero la revolución" y luego que "las feministas deberían…", que ningunea tus sentires o los sobredimensiona, "estás exagerando". Si hablamos en términos pretendidamente modernos, ese sujeto que te hace gaslighting, hoovering y lovebombing. Básicamente, un narcisista que te manipula para alimentar su ego. Tampoco somos unas víctimas de las circunstancias, pero cómo no notar tremendo daño.
me besa me chupa me devora me desaparece me anula
no hay espera dulce
Cómo duele esa contradicción. Cómo terminamos rogando por una pequeña recompensa. Por ese pequeño instante de gloria, estamos dispuestas a pasar pisoteos, controles estúpidos y reprimendas peores que las de un padre sobreprotector, incluso a pelearnos con nuestras amigas, esas que luego nos recogen del hoyo y lamen nuestras heridas.
me cansé de la prosa macha
de los versos desgastados
del azar que nos gobierna
quiero desentrañarte diseccionar tu cuerpo comerme tus vísceras tal vez así suba mi hemoglobina
escribimos para no desollarnos

***

El proceso era doloroso, no porque estuviera "matando a un ser humano". Lo que duele es el contexto, la culpa que una carga en el discurso hegemónico, el "si... , lo habría tenido". Sobre todo duelen las mentiras que nos decimos, porque todo eso es falso, no siento ni culpa, ni quería criar a otro niño, porque no debería dolernos ser libres, pero sucede, y eso duele. Esa contradicción nos duele.
Nadie merece sentirse triste por abortar. Ninguna mujer debe sentir más que, en un mundo ideal, habría continuado su embarazo. Maternar es una tarea muy grande (también paternar, criar a nuevos seres humanos en general). No hay mundo ideal. Están las condiciones actuales y con ellas poco se puede hacer. ¿Por qué ser madre y ser persona tienen que ser cuestiones excluyentes? Te venden la falsa realización y luego te castigan. ¿Cómo subvertir eso? ¿Cómo crear comunidades dedicadas al cuidado? ¿Cómo realmente formar/generar/parir/producir (en términos del capital) seres humanos felices?
Este es un mundo que odia a los niños. Te alquilan departamentos, pero sin niños; si vas al cine, sin niños; si estás en el parque, en la playa, en la universidad, sin niños. No tods deberíamos p/maternar. Me parece egoísmo puro el vicio de crear. Es demasiado trabajo. Cuidados y subjetividades a cargo, porque no se trata solo de cubrir necesidades materiales, sino también afectivas y emocionales. ¿Qué les hace sentirse todopoderosos?
la historia del coágulo corazón: no muere lo que no nace.
28 de septiembre de 2019, Quito, Ecuador. Día de la Acción Global por el Acceso al Aborto Legal y Seguro. Mujeres de todas las edades y latitudes de Nuestra América, colectivas y organizaciones, también niñs, algunos perros y hombres con pañuelos verdes, se concentraron en la Plaza del Teatro, en pleno centro histórico, rodeados de iglesias. En esta ciudad que aún conserva su paisaje colonial (arquitectura, rezago colonial), se levantan carteles que dicen, gritan, "SE VIENE LA MAREA VERDE", "EL SILENCIO YA NO NOS PERTENECE" y el definitivo "EN LA CALLE YA ES LEY", sin miedo, ante las miradas de una ciudadanía en su mayoría conservadora.
Esta plaza debe su nombre a que alberga al Teatro Sucre, visitado por la clase más acomodada de Quito y que —paradójicamente o lo contrario— convive con una serie de artistas de la calle que van desde bailarines de danzas típicas hasta cómicos ambulantes. Ese mismo contraste se observaba ese sábado cuando un grupo de mujeres tomó el micrófono libre para relatar sus experiencias de aborto y acompañamiento. Salía una, todas calladas escuchábamos, algunas llorábamos, otras nos abrazábamos, al final siempre aplaudíamos.
Una joven de 25 años contó que se convirtió en madre a los 18, bastante chica, y que un año atrás tuvo que interrumpir un segundo embarazo. Estoy por terminar mi carrera, no puedo quitarle a mi hijo la oportunidad de tener mejores medios de vida, no me arrepiento de nada. Otra mujer, sobre sus 30, contó que también tuvo a su hija muy joven —ahora ya tiene 19— y que hace un par de años se enteró que estaba nuevamente embarazada, no estaba en sus planes. Yo también quise tomar la palabra, pero no pude, se me hacía imposible sentir el arrojo de ahora, andaba curándome de la ferocidad del desamor.
Andaba buscando respuestas, intentando entender y perdonar(me), cuestionando desde mi feminismo ese sentir, la impunidad con la que estos supuestos aliados siguen mostrando el pecho y ver a mujeres a las que consideramos nuestras compañeras aplaudirles. Pero como dijo Audre Lorde, tu silencio no te protegerá. Andaba muy triste, queriendo sanar, dejar de sentir esa cosa oscura dentro de mí. Mi buena amiga Y. me comentó de un encuentro feminista del Abya Yala, se llamaba Justicia & Feminismos, el primero en tratar el tema de una justicia no patriarcal, no estatal, no punitivista. Hablamos de reparación, impunidad, denuncias. Una de las actividades de su último día era la jornada de movilización nacional "Juntas por nuestro derecho a decidir". Academia y calle, juntas, porque somos teoría encarnada.
me cansé de acusarte, de gritar impunidad
en Ecuador, una mujer me abrazó, me abrigó y consoló una mujer que fueron muchas, que fueron todas.
Alrededor del mediodía, partimos. Arengas, pintas, gritos, abrazos, una fuerza incontenible a 2850 metros sobre el nivel del mar, una fuerza que te dice no estás sola, nunca lo estuviste, nunca lo estarás. Éramos cerca de 600 personas, unas 300 del encuentro y otras 300 más. ¡Hay que abortar, hay que abortar, hay que abortar este sistema patriarcal!
Se pararon los buses dos cuadras más allá de iniciada la marcha. Dentro unas monjas sostuvieron un cartel y banderas verdes. Luego las Hermanas Hímenez las encontraron en el aeropuerto y estas, al verlas, les hicieron el gesto de pulgares arriba. Alerta, alerta, alerta que camina la lucha feminista por América Latina. Y tiemblen, y tiemblen, y tiemblen los machistas que toda Abya Yala va a ser feminista. Suena la batucada.
Entre la alegría y el dolor, marchamos. Alegría por seguir vivas, por saber que luchamos por algo correcto, por recuperar nuestra dignidad, por ansiarla y defenderla. Dolor por nuestras hermanas muertas, dolor por nuestros propios abortos, dolor por las miles de mujeres que van a tener que seguir pasando por el juzgamiento, el reproche y la indiferencia.
Una semana atrás, hubo una marcha que llegó hasta la Plaza Grande, Plaza de la Independencia, la plaza mayor, alberga la sede del gobierno y la residencia oficial del presidente, para reclamar por la despenalización del aborto para las mujeres sobrevivientes de violencia sexual. El 17 de septiembre de 2019, fue la Asamblea Nacional del Ecuador la entidad que con su voto ratificó la criminalización y siguió condenando a la clandestinidad a las mujeres por tomar la decisión de interrumpir un embarazo producto de violencia. Bajo esa consigna, hubo dos paradas en esta movilización: la Asamblea Nacional, frente a la estación Eugenio Espejo, casi a la mitad de la marcha. ¡Asesinos, asesinos, asesinos son ustedes! En abortos clandestinos las que mueren son mujeres. Humo verde sobre las cabezas. Ya yo sabía, ya sabía que a los violadores los cuida la Policía, ¡ya sabíaaaa! Seguimos.
La segunda parada, y final de la movilización, fue la Fiscalía General del Ecuador. 3 km. después. La penalización es revictimizante, además que no atiende el problema, no lo previene, la punición solo agrava el círculo de la violencia. No es tema de moral, es un tema de salud pública.
no negocio mi dolor
adiós
Veo mis coágulos dando vueltas en el retrete y los despido sin pena mientras tiro de la palanca. La sangre que hoy muere pudo dar vida. No es una sangre maldita. No se derramó en ninguna guerra. Es una sangre que grita, que me grita, que me grita que soy fecunda, que soy fértil, pero más que eso, que puedo decidir sobre mi cuerpo y mi futuro.

Primer puesto categoría artes visuales

Dieciseís

Por Conztanza Hidalgo

nozé

MUERTE
PENADO
12 PASTILLAS
MISO
S/. 100
SUBLINGUAL
ATR
LIMPIEZA MÉDICA
123-45-67
SOLUCIÓN ¡YA!
0145-67
ATRASO MENSTRUAL
123-992-986

CÓDIGO PENAL ARTÍCULOS 114-120

Legado

por Valeria Román

Segundo puesto categoría letras

hay que terminar lo que se empieza,
terminarlo bien, si es posible.

y si es posible, mejor aún,
que lo cubra el seguro.

y si es posible, lucir atractiva y segura
de las cosas; mejores condiciones no habrían.

pero yo pregunto, acaso si me hago un legrado
¿se me caerá el pelo? ¿se me estriará la piel?

si me hago un legrado ¿cuál será mi dolor?
si en principio no deseo descendencia, siento

las paredes de mi útero descolgar y descender;
una quietud estúpida en mis entrañas prolongándose

indefinidamente. esa misma quietud me recuerda
a la aridez de los campos latinoamericanos devastados
tpor el hierro del hombre, y debo decir, que esta es una noción
poco científica sobre la validez de mi corporeidad

–patriarcal, además–. si tuviese descendencia, no habría forma
que sean educados en ese lenguaje, más bien los instruiría

principalmente en la labor manual de la carpintería y zurcido,
dos cosas que jamás formaron parte de mi disciplinamiento, pero

considerando el estado general de la humanidad, hay que prever.
si tuviese descendencia, tendría estatus. si tuviera estatus, aquellos

que hablan tan discretamente me nombrarían sin perjuicio
una mujer completa, y las mujeres completas habrían de
tallarse

sobre espumas del mar de palaipaphos, entregadas a la belleza
y locura de la carne; habrían de guardar silencio durante años

sobre el deseo y el legrado. si tuviese estatus, el seguro me lo cubriría.
el amigo de mi padre, médico general, rasparía con nostalgia las paredes

de mi útero, recordando acaso su utilidad de carnicero en tiempos
de conflicto, acaso recordando cuando su sueño fue perturbado

por una especie de complicación respiratoria, típica
de los infantes, maltratada por mis progenitores,

y cómo pasa el tiempo y qué curiosas son
las situaciones en las que nos pone la vida.

pero todo esto si mi padre tuviese estatus.

mi padre es un hombre común.
mi madre es una mujer común,

pero hay mayor seguridad sobre su deseo de estatus.
honestamente, mientras señalo mi inutilidad como progenitora,

voy comprendiendo a mi madre: el deseo de estatus constituye
una petición fundamental para ser, tal vez, un poco menos

que los ciudadanos y un poco más que una manicure al 20%
de dsct. por el ocho de marzo –día internacional ¿de qué? –

pero ese es asunto distinto. nuestro asunto aquí es que
me dirijo a ustedes, audiencia descartable, y espero

que nada de esto sea un llamado a la desobediencia
ni a la insubordinación de cuerpos, de ninguna manera.

solo quiero dejar claro entre nosotras que si de mí dependiera
el poder, gobernaría con la dureza de un legrado, y de la norma

haría yo su centro, y de los cultos nacionales ni hablar.
pero más importante aún, sí, a ti me dirijo, entonces créeme

cuando te digo que todo lo que sube tiene que bajar, sobre todo,
digno y sereno. que es de muy mala educación dejar sobras

en el plato cuando la cena está pagada, mucho peor cuando pides
al mesero que lo envuelva para la casa, y no te vayas a quejar

de la textura del arroz, que nadie gusta de una mujer quejosa.
no creas que es distinto si es que los tiempos y los estatutos

son otros, de vuelta a casa nadie gusta de una mujer quejosa.
que nadie gusta de una mujer infértil. que hay que terminar

lo que se empieza. y si te lo cubre el seguro y tienes estatus,
mejores condiciones no habrían. créeme cuando te digo que

no hay otra experiencia más sublime que la de la soledad
en masa mientras el frío de la actividad quirúrgica roza

el coño, recordándote que de tu cuerpo eres un porcentaje
plano, y le vas inventando una vida agradable a médicos

y enfermeras; una soledad del color de tu vulva,
un rosa sano y melancólico. créeme, por favor,

piensa en estas palabras cuando te hagas un legrado

Segundo puesto categoría artes visuales

Aborto Anental

Por Lesly Luján

“Entonces me di cuenta de que, si no nombraba lo que me había sucedido, estaba participando de ese silencio y siendo muy incoherente con mi discurso” - Paula Bonnet.

Algunas personas no tienen la capacidad de abortar, y deben sobrellevar un embarazo teniendo al aborto como una fantasía recurrente o un deseo reprimido. Ese fue mi caso; imágenes de cómo sacarlo de mi cuerpo sin lastimarlo en el proceso inundaban mi mente, formas de cómo apagar sus latidos resonando en mi cabeza. La lucha constante en mi interior, entre mis ganas de desaparecer al feto y la culpa que me producía el hecho de pensarlo, hizo que mis emociones se maximizaran, volviendo al aborto un compañero mental habitual.

Este proyecto consiste en una serie de autorretratos que buscan mostrar los sentimientos provocados por procesos -no ideales, pero existentes- como es la disyuntiva entre la interrupción o la continuación del embarazo, y el rechazo al feto, usando de referencia mi experiencia y mis emociones.

Margaritas

Tercer puesto categoría letras

Por Bereniz Tello

I

Mi útero florece. Lo sé. Me pesan los ojos, pero estoy ávida de sueños. El sol vence las cortinas de la ventana y el aire parece menos denso. Estiro los brazos como pétalos en primavera… Respiro.

—¡Luiiiisaaaaaa! –llama la abuela– ¡Baja un ratito!

Como cada mañana, remienda medias de talones gastados, pretinas vencidas y polos agujereados. Bajo lento las escaleras, aún estoy adolorida.

— Ensarta mi aguja, pue.

— Sabes que sí, abuelita –digo mientras el hilo blanco cruza el orificio hacia su destino. Nos miramos, siento que sabe, que me acusa con la punta de su aguja.

— Es el manto de la virgen –rompe el silencio– Los bordes se han descosido con el tiempo.

Caigo en cuenta que se acerca la verbena del barrio.

II

Malena y yo hemos compartido todas las verbenas desde niñas. Conforme crecíamos, aumentaban las horas de permiso para quedarnos en la fiesta de enero. Aunque este año está lejos del barrio, nos siento juntas.

—¿Cómo estás? –escribe al celular.

— Aliviada –respondo y agrego emojis de margaritas.

Nuestras abuelas impulsaron juntas la colecta para construir la gruta de la virgen al final de la cuadra. Cuando se completó la construcción, poco después de inaugurada la pista, se instauró la fiesta de la calle Fátima. En la fecha central, además de la procesión, no faltan las variopintas bandas de música, el castillo de luces multicolor, la sabrosura de la feria gastronómica y el baile de aire eterno.

III

La avena me salió espesa, pero los huevos revueltos estaban estupendos. Llamo a la abuela para desayunar. Deja los hilos y viene a la mesa. Acerca las lupas de sus ojos a mi rostro y decreta:

—¡No has dormido!

— Me quedé leyendo, abuelita –digo susurrante.

—¿Cómo?

— Estuve leyendo –repito más fuerte–. Leyendo un libro.

Temo que la verdad sea como el grumo flotante en la avena que separa de su taza.

IV

Nuevamente recostada, aún sangrante, recorro el cansancio de mi cuerpo al calor de la luz solar que toca mi cama. Me repito, una y otra vez:
Cuerpo de mis tormentos
Cuerpo gozoso de mis aleluyas.
Los primeros versos de Conjuro contra la enfermedad de Gioconda Belli, poema que Malena me envió antes de tomar la primera dosis de misoprostol.
— Son cuatro pastillas debajo de tu lengua –fue lo primero que dijo cuando llamó– no las tragues.
— Sí, las tendré en la boca por media hora.
—¡Exacto! Luego esperas tres horas para la siguiente dosis y…
— Sí, descansa, Male. Tengo configurado el cronometro del cel para que suene a la medianoche y a las tres de la madrugada.
— ¡Ay! Estaría más tranquila si estuviera cerca.
— Definitivamente lo estás.
— Te quiero, Lu. Te dejo un poema en el chat…
Lo leí y, a las nueve de la noche, inicié el proceso para interrumpir un embarazo.

V

Bajé por una manzanilla y encontré a la abuela regando el jardín. Me miró sonriente y dijo:
— ¡Mira qué bellas están las margaritas!
Y me pregunto… ¿acaso florecer no es hacer brotar nuevos sueños? ¿entenderías, querida abuela, que estoy floreciendo?
— ¿Luisa? ¿Qué pasa?
Comprendo que debo decirle.

VI

Los cólicos fueron desapareciendo. El día de la verbena me sentí plena. Le cuento a Malena sobre los preparativos en el barrio y ella me relata sus aventuras como estudiante de intercambio en Ciudad de México.
— El fervor es casi igual, pero aquí abortar es legal – sentencia mi amiga– Aquí podríamos haber conseguido los medicamentos en un centro de salud… Sin riesgos.
— Pero estoy en Lima y afortunadamente estoy bien.
— ¡¿Qué dijiste?!
— ¡Que estoy bien! ¡Llegó la primera banda! ¡Hablamos luego! ¡Te mando videos!

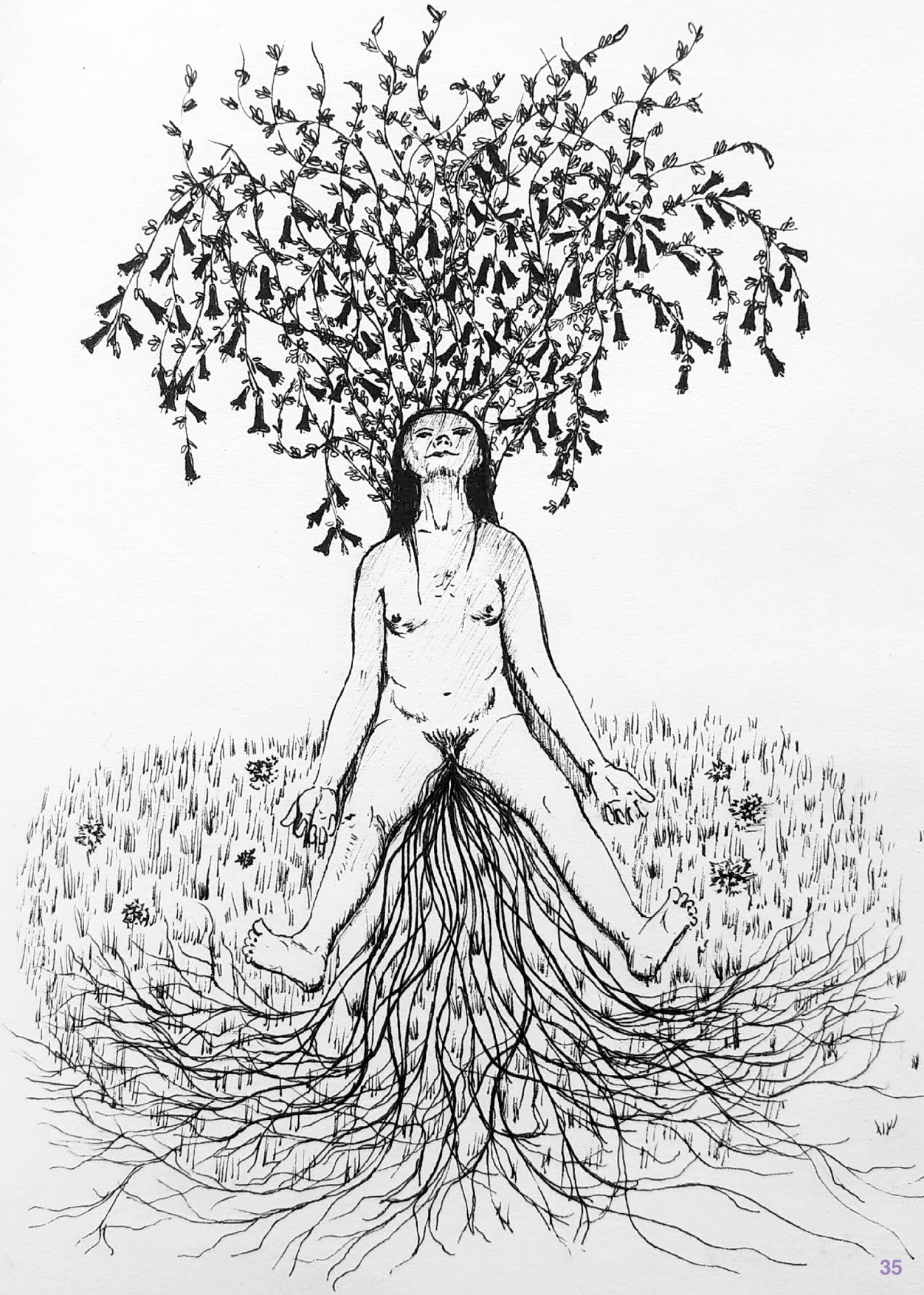
VII

La verbena culminó. Al amanecer, la abuela y yo barremos los restos de la fiesta y llegamos hasta la gruta, donde se luce un manto bien cosido, lavado y planchado, junto a un enorme jarrón de margaritas.
— Abuela, hace unos días aborté.
Busco el reproche en sus ojos y en el temblor de sus manos, pero nos descubro abrazadas, sintiendo sus lágrimas en mi hombro, cual regadera a su planta.

Qaly allpa
Tierra poderosa, tierra firme.

Por Neufa Quispe

Tercer puesto categoría artes visuales



¿Qué sería?

Por Ángela Palomino

Hoy otra niña ha muerto
de segundo nombre madre le impusieron
La violación y el fruto más asqueroso
¿Cómo puedes pretender que es apoyo?
Y, entonces
le negaron el aborto
y la opción de elegir por su cuerpo
perdida dijo una vez más
esto no lo quiero
pero por mí ya lo decidió otro.
Casos hay muchos,
como criminalizar
mi decisión
ponerme tras las rejas
absolver al agresor
la pena es visible en mi rostro
solo quedan agostos
a otra la revictimizan
si la culpa
no la tiene una bebe o niña
la culpa tampoco la tuvo ella
es que desnudas o no
nos tienen en la mira
mañana tal vez sea tu madre, hermana
perder a alguien que amas
por la violencia que siembran de raíz,
especial para muchos aquella desconocida
si las olvidan
gritaremos sus nombres en primera fila

“pero qué fácil es abrir las piernas”;
muertas pobres y trabajadoras
producto de la clandestinidad
mientras las privilegiadas
abortan en clínicas privadas
donde brilla la acera
y reflejo de sus carteras
marchando en contra del aborto, ven huérfanos
se les olvido salvar una vida
les llamo doble moral
ella apoya el aborto, aunque sea mamá
nos faltara educarnos, pero la decisión es
nuestra
siempre estarán en contra de lo que una decida
nos quieren en el papel de sumisas
de eso yo ya desistí
quiero gritar hasta que todes decidan
si todos nos respetáramos por ser solo personas
¿Que sería?

Niña NO mamá

por Angi Lozano

Ruido en nuestras vidas

Por Judith Tarrillo Rodriguez
y Katherine Fernández León

— ¿Aló? Quisiera contar con sus servicios de atraso menstrual…

¿De cuántas otras maneras, mujeres delante del teléfono, habrán comenzado esta conversación? ¿Escucharán todas las mismas respuestas? Palabras monótonas e impávidas que llegan del otro lado, afirman y construyen una realidad evidente, de la cual todos saben y pocos hablan. Una realidad polémica, incómoda, que existe en la clandestinidad y se oculta, sin esfuerzo, detrás de números telefónicos, letreros y convenientes eufemismos para sonar menos ilegal.

Estamos en la cafetería de nuestra universidad, sentadas en una mesa con cinco números de celular apuntados en una libreta. Los conseguimos caminando un par de cuadras por el Centro de Lima; allí estaban: en una vereda, una esquina o un paradero. Nos cuestionamos si es prudente hacer las llamadas entre tanto público (algo ilegal a la vista de todos), luego reímos con cierta ironía: no estamos haciendo nada nuevo.

Todos los números responden, algunos de inmediato y otros después de seis timbradas.

— "¿Cuánto tiempo tiene?" — preguntan automáticamente, algo que compartirán los demás números.

— "Tengo tres meses".

Entonces, la mujer que nos atiende -cosa de todos los días- comienza a enumerar los métodos abortivos: pastillas, ampollas, intervención quirúrgica…recomienda, para ese tiempo de gestación, las pastillas, a precio de trescientos soles. Paralelamente a la llamada, consultamos su página web en el celular. El link estaba impreso junto al número en el anuncio. Un aviso de color rojo aparece en la pantalla: Solo para mujeres mayores de edad. Pensamos poner a prueba esa condición para comprobar si es verdad:

— Pero tengo dieciséis años… — El nerviosismo en nuestro ambiente pesa, hay palabras que se tropiezan y tratan de igualar el profesionalismo de la voz del otro lado.

— No hay problema — responde la mujer — Deme su nombre. Por favor, recuerde que debe traer el primer pago el día de la cita

Qué gran teatro. Básicamente, no importa la transparencia, solo el dinero. Le dimos un nombre falso, un día falso y marcamos el siguiente número. Contesta un hombre. Pide que esperemos al mencionarle nuestra intención y, al cabo de unos segundos, una mujer continúa la conversación. Ahora con dos meses de embarazo, el método ofrecido es el de las ampollas a cuatrocientos soles. Nos atrevemos a preguntar si hay algún riesgo o complicación y despertamos una voz fastidiada en la intermediaria; asegura que ni uno ni lo otro. Dice que "no hay efectos secundarios". Le insistimos una dirección, pero la niega con más molestia. No puede dar indicaciones del lugar hasta asegurar el contrato, solamente las dan después del primer pago, pues, confiesa, la "clínica" no tiene dirección fija. Marcamos el tercer número con un poco más de agallas. Suenan los pitidos. Esperamos. Por fin, responde la voz de un hombre. Saluda.

— ¿Cuál es su distrito?

— San Martín de Porres

— ¿Cuántos años tiene?

— Dieciséis años

— Ok, gracias- corta la llamada con una entonación demasiado amable para la situación.
Nos sentimos contrariadas, y pensamos en la adolescente que realmente lo hubiese necesitado. Nos imaginamos su reacción ante esa negativa, con el teléfono en mano y la palabra en la boca, ¿qué sentiría en ese momento? ¿cuál sería su siguiente acción? La nuestra es tachar el número e intentar con el siguiente. Este otorga su dirección sin problemas: Av. Arequipa, cuadra dieciocho. Afirma que cinco meses de gestación pueden ser erradicados con dos métodos: operación a setecientos cincuenta soles o pastillas a cuatrocientos soles. Y eso es todo. Mientras el número cinco va sonando en el celular, nos preguntamos si la confianza que ahora sentimos es buena o mala, si alguien a nuestro alrededor se habrá dado cuenta de lo que estamos haciendo. Entonces, la voz de un hombre nos interrumpe: es el quinto número. Al otro lado del teléfono una voz serena y amistosa comienza con la misma rutina (seis meses, San Martín de Porres, dieciocho años) y solicita una ecografía o alguna prueba que garantice el embarazo. Todo esto lo hace rápidamente. Nosotras respondemos con la naturalidad de alguien decidida, pero temerosa. De pronto se detiene y hace lo que ningún otro: pregunta si tenemos alguna duda. Parecía que tuviera todo el tiempo del mundo, así que lo aprovechamos.
—¿Cómo es el procedimiento? - no hubo respuesta inmediata, creemos que se desanimó y al cabo de unos segundos continúa
— El procedimiento dura todo un día. Durante cuatro horas en la mañana sentirá dolores por la dilatación del útero. El doctor estará presente en todo momento. Cuando la operación termine también sentirá dolor, pero solo serán las primeras horas. Le pediremos que traiga toallas higiénicas de noche para el sangrado. No hay mayores complicaciones que esa. Luego le daremos un número privado para estar pendiente de su recuperación
— ¿Y me darán la dirección ahora?, ¿cómo es el pago?
— Como usted sabe, señorita, esto es ilegal, así que no podemos darle la dirección exacta, más que una referencia: a media cuadra del Metro de Jesús María. El pago es previo a la cita, en este caso es de dos mil soles
—¿Y puedo ir acompañada?"
— Sí, pero su acompañante deberá permanecer en la sala de espera. Debo advertirle, también, que, si le encontramos cámaras o micrófonos a usted o a su acompañante, o si hace demasiadas preguntas, el proceso será cancelado y no habrá devolución del dinero. Ya tenemos experiencia con eso
— No se preocupe. Gracias. Hasta luego.

***

Grandes ventanas y mamparas de vidrio. La fachada del último número es irónicamente transparente. Parece una clínica normal, ofrece servicios de ginecología, obstetricia y demás. Hay pacientes esperando en la recepción. Nos acercamos al mostrador y comentamos, con voz muy baja, acerca de la llamada sobre el retraso menstrual. La recepcionista se sobresalta, nos detiene de inmediato y enfatiza con susurros airosos que todo eso se hace con un código, previa cita y por vía telefónica.
— Se le otorga un código, con eso viene y dice de frente "código" para que podamos atenderla, todo ya pagado… ¿Está usted grabando? — increpa al ver un celular
Antes de que podamos desmentirla, un agente de seguridad se acerca hasta nosotras y nos solicita desbloquearlo para revisarlo. No hay evidencia. Se retira. La gente observa la situación y murmura. Desconocen todo lo que está pasando. Salimos del lugar y los dejamos atrás, con su ignorancia intacta.

***

Según datos de Promsex (Centro de Promoción y Defensa de los derechos sexuales y reproductivos), el 19% de mujeres en el Perú se han realizado un aborto. Esto no se limita a las mujeres con niveles educativos bajos: Se muestra que el 9% tiene un nivel de inicial o primaria; el 46%, secundaria; y, el 45%, en formación superior de algún tipo. Asimismo, las mujeres que reportan una experiencia de aborto son de todas las edades, pero se evidencia una mayor frecuencia entre las jóvenes. Del total, el 58% de mujeres acudió a un profesional de salud para interrumpir el embarazo, es decir, la gran mayoría tuvo un aborto quirúrgico. Por último, la práctica del aborto es transversal a todos los niveles socioeconómicos; sin embargo, los casos más recurrentes pertenecen a los estratos económicos medios y bajos.
Según cifras de la Dirección General de Epidemiología del Perú, en el año 2015, 371 mil mujeres realizaron abortos clandestinos. Además, se registraron 414 muertes maternas, de las cuales 16% se debieron al aborto inseguro.
Clínicas como la de Jesús María operan en la ilegalidad, al igual que todos los centros de aborto. Sin embargo, el riesgo difiere entre unos y otros. El precio de clínicas como la mencionada es inalcanzable para algunas mujeres de bajos recursos, las mismas que forman parte del 48% que recurren a locales insalubres, algunos de ellos (solo unos cuantos) clausurados debido al hallazgo de jeringas reutilizadas, guantes sucios con manchas de sangre, medicamentos vencidos, ventanas polarizadas con papel periódico e instrumentos sucios u oxidados. El tamaño de los establecimientos es pequeño y transmiten la sensación de estar en un reclusorio...
— A una de mis amigas le tocó un lugar donde solo era un cuarto con una camilla, un foco encima y un balde blanco al costado ¿para qué?, no me preguntes…no quiero saber — niega Marlene, con los brazos cruzados y una mano levantada
— ¿Y a ti o a tu hermana les tocó un lugar así?
— Todos son así de cierta manera.
— ¿Y qué pasó después?
— Yo quedé estéril por cuatro años. Mi mamá lloraba pensando que había malogrado mi útero, yo también lloraba. Llegué a quedar embarazada, pero el feto se me vino a los tres meses. Mi hermana, Paolita, también tuvo problemas. Tenía hemorragias y le dolía su vientre todo el santo día. Cuando por fin quedó embarazada, su bebé murió una hora después de nacer: había nacido sin vejiga y sin riñones…Esto no es un juego — enfatiza Marlene de golpe — Esos lugares deberían cerrarse, ser multados y penados, para que al menos, las que decidan abortar, lo hagan en clínicas decentes. Porque en estos sitios, las mujeres mueren todos los días. ¿Y a quién le importa? A nadie

***

— Eran unas chiquillas, pero querían tener a sus bebés. Una cosa es que decidas abortar y otra es que te obliguen a hacerlo — comenta Rosa, mientras corta algunas zanahorias en la mesa de su cocina y mantiene la mirada fija en ellas — Creo que no tuvieron ni voz ni voto, o se dejaron manipular

Recoge los pedazos cortados y los lanza con cuidado a una olla hirviendo. Sigue contando la historia de Marlene y Paola mientras se pasea desde el frigider al lavabo. Lleva el cabello recogido, es de baja estatura y tiene una cicatriz pequeña en la frente. Me pide arrimar un poco mi silla para poder pasar.

— Mis sobrinas tuvieron suerte…bueno, si no morir en esos horribles lugares puede considerarse suerte…

La madre de ambas había conseguido el contacto en su barrio. Descubrió que uno de los muchachos, que tanto conocía, servía de contacto para llevar a las chicas a las "casas de aborto". Lo cierto es que solo eran cuartos alquilados, ubicados en los segundos pisos de las viejas casas de Wilson.

—Es como una sala compartida, donde ya varias pacientes están esperando, y empiezan a llamarlas uno por uno... — Rosa se detiene a pensar, mientras se sienta y pela unas cuantas papas — Tantas que pasan. ¿Qué enfermedades habrán? Me imagino que sus hijas no tendrán ninguna, pero ambas quedaron mal… tanto física como moralmente.

De repente, entra su esposo a la cocina y pregunta si ya empezó la entrevista. Le respondemos que sí.

— Solo espero que no raje de mí —bromea, y, con una mueca divertida, se retira.

Rosa comienza a lavar sus servicios, sonríe con cierta melancolía en el rostro. El ambiente cambia y las tapas de las ollas tiemblan por el hervor.

—Como mujer te sientes fatal — sentencia con voz apagada, pero firme —Es fácil hablar de los demás, pero cuando lo vives en carne propia toma otra perspectiva…Yo intenté detener a mis sobrinas, porque sabía cómo se iban a sentir después…quería evitarles esa culpa, ese vacío.

Rosa también intentó recomendarle a su hermana una mejor doctora. Su doctora, a quien conoció hace dieciocho años por una infección urinaria y a quien recurrió, con súplicas, para abortar a quien hubiese sido su tercer bebé. Tenía dos meses cuando se enteró que estaba embarazada. Sabía que su pareja iba a reaccionar mal y no se equivocó. Discutieron durante toda la mañana y cuando escuchó entre gritos "¡No podemos tenerlo!", Rosa fue al consultorio esa misma tarde. En ese entonces, estaba a favor del aborto:

— Ignorantemente uno piensa "está chiquito", "todavía es sangre", "no está ni formado"

Así que consideró su situación. Su matrimonio estaba perdido y decidió que lo mejor era que no nazca. Repite que fue un momento de desesperación y se disculpa por su voz quebrada. Ha terminado de cocinar y ahora estamos sentadas en la mesa de su cocina.

Rosa, a diferencia de su hermana, no quiso escatimar en gastos. Había escuchado que su prima se había atendido en un lugar donde cobraban doscientos soles, pero una hemorragia a los dos días de la intervención la dejó casi al borde de la muerte. Rosa, con dos hijas de siete y diez años, en este entonces, no podía arriesgarse. No sabía si su doctora realizaba esas prácticas, pero al final lo hizo tan rápido y tan fácil que quizá sí tenía la experiencia. Al principio le costó convencerla: tenía miedo por la delicadeza del asunto y por el peligro que representaba para su carrera.

— Pero me vio tan desesperada que finalmente aceptó. Me pidió quinientos soles

La operación se llevó a cabo en el mismo consultorio donde había recibido la noticia de su embarazo. Rosa esperó en la recepción hasta que sea su turno. Cuando por fin escuchó su nombre, levantó la mirada y se dio cuenta que ya no había ninguna paciente: era la última y la puerta del consultorio estaba cerrada. Comenta que todo pasó muy rápido, pero recuerda el dolor perfectamente. Sus ojos se cierran con fuerza:

—No estaba anestesiada. Dijo que me pondría, pero yo sentí todo, tal vez me faltó más

Varios instrumentos, previamente esterilizados en un horno, yacían en una mesa de metal, ensangrentados. Cuando todo había acabado, obligaron a Rosa a no moverse por una hora, a descansar, pero ella quería verlo, saber que había sido.

— No, mamita — le negaron de inmediato —Puede ser traumático para ti.

Finalmente, metieron todo en unas bolsas y lo desaparecieron. A la despedida, solo le recetaron algunas pastillas para el dolor y le aseguraron que estaría bien en unos días; y así fue, no tuvo necesidad de llamar o pasar por aquel consultorio otra vez.

Pero esa no fue la única ocasión en que el aborto pasó por su mente. Su tercera hija nació fuera del matrimonio, producto de las constantes peleas que aún mantenía con su esposo.

— Se vuelve la salida más fácil, la solución más rápida. Habían pasado cuatro años y no quería pasar por lo mismo, pero antes de decidir tenerla, intenté con hierbas y remedios caseros, pero no funcionaba. No fue un embarazo maravilloso… para nada

Su tercera hija, con diez años en la actualidad, padece de una alteración en los nervios que la hace gesticular sin control cuando está ansiosa o asustada

—Los doctores me dijeron que todo lo que había hecho y sentido durante el embarazo le provocó eso

De repente, Rosa se levanta de la mesa apresurada: el llanto de su cuarta hija la hace correr hasta su dormitorio; con un trote gracioso, va arrastrando los pies. Demora unos cuantos minutos y regresa con una bebé recién levantada. Tiene los ojos grandes, los cabellos alborotados y una mirada muy seria.

—Es Dalila, tiene siete meses—- recoge su mano para hacer que salude, pero Dalila hace caso omiso y sigue con el ceño fruncido —Ah, la sonrisa de esta niña ilumina mi vida…— comenta Rosa con sarcasmo. Se sienta y la coloca frente a su pecho para darle de lactar. La mira completa, con ternura: es la imagen de una madre con su hija. Rosa habla sin levantar la mirada—Siento que no puedo hablar por todas las mujeres que abortan, pero sé que todas me darían la razón en que luego sientes un vacío, uno que yo llené siendo madre otra vez. Con Dalila siento que Dios me ha devuelto a la bebé que algún día rechacé…

Sus sobrinas le darían la razón. Hoy en día, cada una tiene un hijo en brazos.

—El mayor riesgo de un aborto debería ser un alma rota y no un cuerpo frío- continúa Rosa, viendo a Dalila dormir. Su voz no se oye compungida, sino firme, pero hay cierta contradicción en su cabizbaja mirada — Ya no estoy a favor del aborto, pero soy consciente de la realidad. Las mujeres no deberían arriesgar sus vidas por ahorrar unos centavos o por la falta de profesionales. También sé que hay leyes que buscan legalizarlo por casos de violación o riesgo de la madre, no me opongo a eso, solo sé que… hay que tener un corazón demasiado fuerte para permitir que otro deje de latir…, o quizá demasiado débil. No sé…

***

Pero no todas sienten culpa. Carolina, por ejemplo, es una antigua enfermera de la Maternidad de Lima. Su decisión de abortar cuando aún era estudiante la llevó a su vocación de ser obstetra. Sabía perfectamente que, al trabajar en ese rubro, muchas mujeres como ella se presentarían preguntando por un aborto y ella estaría ahí para responderles. Y no se equivocó. Ella afirma, hasta hoy, no tener arrepentimientos de su aborto, pero su voz, llena de recuerdos, la traiciona y se quiebra un poco al fantasear con un hijo en su vida…, pero es solo un momento. Espabila, se sacude las emociones y nos otorga la información solicitada: el número de la entidad Aborto Legal Perú.

***

A pesar de los problemas, circunstancias y controversias, lo cierto es que el aborto terapéutico (aquel cuando la madre está en peligro de muerte durante el embarazo) es legal en el Perú. Se encuentra tipificado en el artículo 119 del Código Penal. Sin embargo, a pesar de haberse aprobado la Guía Técnica Nacional de Aborto Terapéutico, sigue sin implementarse en los hospitales y clínicas del país. Según un informe de Promsex, el aborto terapéutico solo es fácticamente practicado en el Hospital Nacional Docente Madre Niño San Bartolomé y el Hospital Belén de Trujillo.
— Esto demuestra que el aborto legal en el Perú solo se encuentra a disposición de un reducido número de mujeres. Pero el verdadero problema es el Artículo 120— determina una voz femenina en el teléfono perteneciente a la línea de Aborto Legal Perú, la cual atiende los lunes de 7:00 pm. a 10:00 pm. y los martes de 9:30 pm. a 12:30 am. —Este sanciona, ilógicamente, con pena privativa el aborto por violación sexual, inseminación artificial no consentida o por taras físicas o psíquicas en el feto diagnosticadas por el doctor. Por ello, en el 2012 se creó la campaña "Déjala Decidir", la cual recolectó 64 mil firmas válidas para ingresar como iniciativa ciudadana el proyecto de Ley 3839 que derogaba el Artículo 120. A pesar de los esfuerzos, esta fue archivada incluso antes de llegar al Pleno del Congreso en el gobierno de Ollanta Humala.
En el 2018, diversos colectivos feministas se reunieron en el despacho de la congresista Indira Huilca para dialogar sobre el proyecto de Ley 387 "Proyecto de Ley que despenaliza el aborto en casos de violación sexual, inseminación artificial o transferencia de óvulos no consentida y malformaciones incompatibles con la vida". Este solo se quedó en debate, acumulado en polvo.
—Ya que es ilegal, las mujeres no pueden exigir mejores condiciones. La industria clandestina crece y la legislación sigue sin demostrar ser una herramienta eficiente frente al problema. ¡Es necesario retomar el debate frente al aborto sentimental y eugenésico en nuestro país!

***

— Como médica estoy de acuerdo con todo — asegura por correo la ginecóloga Cáceres (residente en Estados Unidos), luego de comentarle nuestra llamada con la línea de Aborto Legal Perú — En nuestro país una de las mayores causas de muerte en la mujer es el aborto séptico y hemorragia post aborto que usualmente provocan los lugares clandestinos. Nuestro país tiene restricciones en la permisión del aborto, las cuales distan de aquellos países donde lo han legalizado para todos los casos, como Cuba, Guyana y Uruguay. Esto no puede ser. El aborto no se puede negar por violación, por enfermedad hereditaria o cromosomopatía en el feto
La ginecóloga afirma que legalizar el aborto disminuiría esa mortalidad en las mujeres que acuden a lugares no especializados ya que, entonces, los centros abortivos estarían obligados a contar con mejores condiciones para las pacientes, lineamientos de salubridad y correctamente equipados
— Pero— añade, y sabemos que lo hace con énfasis por la puntuación que usa— en mi opinión, hasta cierta edad gestacional. Una gestación temprana.
Nos permite hacerle una última pregunta:
—¿Cuáles cree que sean los motivos que llevan a los doctores a hacer estas prácticas aun siendo ilegal?
— El dinero, únicamente — y se despide

***

¿Pero será así realmente? Nuestro último paradero es la clínica de Lurín, donde Rosa se atendió hace ya más de trece años. Había mencionado que su doctora se había negado al principio, pero que terminó accediendo al ver su desesperación. Llegamos con la intención de escuchar esa versión no tan materialista. Siguiendo las indicaciones, nos encontramos con un primer piso ubicado en una esquina concurrida, tiene una pequeña sala de recepción con asientos de cuero negro, un ambiente al lado izquierdo a puertas cerradas y otro al fondo luego de un corto pasillo. Al centro se encuentra un mostrador donde la enfermera aguarda. Solicitamos la presencia de la doctora.
— Es una obstetra — nos corrige y pide aguardar unos minutos.
Entonces, desde el ambiente de atrás, aparece una mujer con uniforme blanco, labios hinchados y mirada fija. Tiene un rosario de piezas lilas, escondido tras su cabello suelto. Nos pregunta, amablemente, el motivo de nuestra visita, y al saberla, su sonrisa desaparece. Comienza a negar vehementemente con la cabeza, se opone a responder cualquier pregunta. Intenta corroborar si el doctor que la acompaña está disponible para responder en lugar de ella. Alcanzamos a verlo sentado en un escritorio con uniforme azul. Regresa con una respuesta también negativa.
— NO puedo ayudarlas, es un tema muy delicado. De hecho, nadie las va a ayudar
Le ofrecemos revisar las preguntas y afirma, totalmente segura, que ya sabe qué preguntas son.
— De verdad, discúlpenme. Esa información puede filtrarse
Comenta que en las clínicas de Lurín se han encontrado "productos" en los consultorios y asegura, nuevamente, que nadie va a ayudarnos, lo repite un par de veces más. Le comentamos que conocemos a su paciente Rosa y que queremos saber cómo la conoció, a lo que reacciona con extrañeza:
— ¿Cómo la conocí? Fue un día cualquiera en una consulta cualquiera.
La aparente familiaridad que guardan no nos sirve para convencerla. Le insistimos con el anonimato, pero su decisión no flaquea ni por un segundo, y va retrocediendo poco a poco hasta el pasillo por donde salió, sin dejar de lamentarse. Finalmente ofrece unas últimas disculpas y desaparece. La enfermera, hasta entonces desaparecida, vuelve a su lugar y con una mueca de resignación, nos despide.
Salimos y un odioso timbre suena cuando lo hacemos. También lo hizo cuando entramos, pero no le habíamos prestado atención… Hay cosas evidentes que aún pasan desapercibidas y solo nos afectan cuando tomamos conciencia de ellas, cuando hacen ruido en nuestras vidas.

Matilda, violada, la falda ya no le cierra.

Por Celeste Alfaro

ELIPSE

en primera persona

Por Adriana Cabrera

Quise atarme los pasadores, pero las ganas de vomitar me impedían llegar a las cuclillas. De inmediato supe que alguna clase de hechicería química estaba expropiando el control de mi propia cuerpa. Cálculos, flashbacks, gestos que mi piel erizada evocaba con una sonrisa, seguida de un vacío en el estómago que empezaba a ser el espacio…como lugar señalado en un mapa…es la insignia de mis reservas corporales que no quiero que sean públicas, colectivas quizás, pero no públicas.

Mi agenda, los números y el recuento de varios episodios se hicieron más que una sospecha. Aquel sueño entre fresas, cajas sucias, avenidas de tierra y yo tomada de tu mano siendo pequeña… ¿te acuerdas, papá? No. No te acuerdas porque nunca te conté que soñar contigo, como significado adicional al de las frutas, fue el test positivo que marcó aquella dimensión paralela donde creemos que nacen estas historias…pero si te contara que lo supe meses antes, cuando le escribí una carta a alguien que no existía y, mientras tanto él, existía desde su escritorio, mirándome para ver si aún seguía ahí... sobre su cama. Si yo te contara eso papá, exigirías que deje de profesar herejías, o tal vez, me culparías por haberlo sabido antes, y aun así violar mandamientos. Pero, además, me lo dirías como quien sabe qué hice y qué no, cuando en realidad, no sabes nada, como tampoco sabes que entonces preferí seguir jugando a ser esa yo que tú no conoces.

Lo supe sin palabras, pero tampoco hice nada porque confié en las instrucciones y no en mi intuición. Preferí creer que todo estaba bien, como siempre lo estuvo. Pero luego tuve que fingir uno de esos acentos bien logrados que despiertan risas, porque mi madre también me heredó personajes. Fingir que no era yo detrás de un teléfono que a veces timbra, y otras no. Mi pequeño auto consuelo fue creer que aquel acento me encubría, pero sé que en realidad desnudaba mi desesperación y miedo, porque, aunque me hayas dicho que la decisión era solamente mía, no bastaba con repetirme a mí misma una arenga todavía lejana. Sí, en realidad no sabía nada. Sí, los aromas se extrapolaban en mi ombligo, como aquel instante en el que una navaja nos hizo salir corriendo del callejón al que fuimos para buscar papeles que hicieran fácil y legal conseguir pastillas para algo ilegal…algo que no iba a ser fácil porque ¿quién ha dicho que abortar es fácil cuando tienes que esconderte y suprimir todo el remolino de emociones y preguntas...cuando no puedes decirlo como sí dices en voz alta que piensas hacer un retiro espiritual para expulsar tus enredos existenciales porque quieres seguir creciendo como persona? ¿cómo va a ser fácil parir un aborto? si con tus coágulos caen los coágulos de quienes lo hicieron antes, durante y después, siempre en silencio; si con toda la información genética que decides omitir, nacen pedazos de historias de todas nosotras ¿Cómo va a ser fácil parirnos por segunda vez? Yo todavía tengo las marcas y no duelen, pero hacen décimas con marcas de las demás.

La parafernalia de todos esos colores me recuerda los costos de haber jugado siempre a los opuestos. Me convertía el soundtrack mientras te escribía: “¿Estás?, porque yo sigo abortando”.
Estabas, sí. Seguías metido en tu escritorio, aumentándole letritas a tu éxito personal; mientras yo, intentaba contener todo lo que continuaba yéndose de entre mis piernas durante días, al mismo tiempo que recibía el platillo con más vegetales del brazo de tu madre, en nuestro restaurante favorito. Todo al mismo tiempo. Y claro que estabas, Sebastián, pero nominalmente; tal como todos los Sebastianes del mundo, mirando cómo “sus” mujeres pareen frente a sus ojos. Bueno, también están los que de ninguna manera deciden estar para ver cómo se va por el wáter el accidente de un ejercicio común, pero yo tuve “suerte” de que estuvieras, siempre como un tercero, aunque esa no es tu culpa, sí que te esforzaste para serlo. Los andamios son más fuertes y antiguos que todas las parturientas, todas las que abortamos y todos los Sebastianes presentes; pero eso sí, el crédito es mío porque la cuerpa es de quien la porta, la gestiona y le hace nacer pedazos de su historia.

Mucho después de Sebastián y su esmerada presencia, salí un día con un cartel entre las manos entre cientos de mujeres. La frase era más explícita que todas estas palabras, no tenía metáforas, tampoco las tenía yo, pero nadie lo sabía. Desde afuera, cabía la posibilidad que se interprete sólo como témpera roja chorreando de mis piernas; metáfora desmantelada en la arenga que ya no me era lejana. Al hacerlo, estaba poniendo un sonido público a todos esos coágulos, de los que nace mi pedazo de historia. También grité los coágulos entre los que otras se van. Los coágulos con los que hacemos que nuestras creencias y artimañas se vayan por el wáter; esas que, como buenxs hacedorxs de andamios, fabricamos, porque todxs hacemos ejercicios comunes. Pero los riesgos y costos no lo asumen los Sebastianes, ni los hombres con ojos de árbol y mar que, aunque sean el número ganador de una lotería sobrevalorada desde la que sólo observan y sostienen tu mano, jamás ponen aquel árbol trenzado que ponemos nosotras cuando abrimos una existencia o cuando tejemos nuestro árbol detrás de aquello que parimos, siempre en primera persona.
Los partos duelen, casi siempre los abortos también, pero parir y abortar deberían tener que ver con algo más que el dolor. Deberíamos, en ambos casos, poder ponerle palabras a lo que ganamos y perdemos. Deberíamos poder decir estas cosas delante de un pseudónimo o una cifra. Deberíamos querer estar más que nominalmente. Deberíamos estar de las maneras que sean suficientes. Deberíamos saber que no les debemos nada, ni hijxs ni pedazos de historias donde tengan el rol antagónico o co-protagónico y sí, este mi pedazo de historia. No es personal, también es político, porque sigo abortando. ¿Estás?

Atraso Menstrual

Por Claudia Miyahira
Afiche callejero anónimo
Caligrama escrito a mano

"Atrazo menstrual" es un afiche muy popular en el Perú. Es acerca de ese secreto que todas le conocemos a alguna mujer en nuestro entorno. Eso que piensas que nunca te va a pasar a ti. De lo que tu familia habla sobre otras familias, pero que nunca ha pasado dentro de la tuya.

Este afiche está compuesto por testimonios* de mujeres peruanas que han abortado de manera clandestina y/o han acompañado a otras mujeres en el proceso**. Algunas con pastillas, con el ya popular Misoprostol, y otras, sometiéndose a legrados más o menos caros en lugares de riesgo, lejos de sus hogares. A escondidas de la familia, de las amigas más cercanas, alguna inclusive en otro país, acompañadas o no por sus parejas, pero sobre todo, acompañadas del terror de someterse a un procedimiento que puede costarnos la vida. Porque crecer siendo mujer en el Perú significa anular la concepción del aborto como un tema más de salud pública. Significa odiarte por quedar embarazada. Tener vergüenza por tener sexo. Acceder a que te penetren sin preservativo. Confiar en mitos en lugar de métodos anticonceptivos. Es el médico que te amenaza con denunciarte. La farmacéutica que te mira con desprecio. Es el miedo de ir a la cárcel por decidir sobre tu cuerpo. Sentir culpa y no placer. Que no te crean cuando digas que te fallaron los anticonceptivos. La adrenalina de abrir las piernas frente a un extraño sin saber qué te va a hacer y quedarte dormida por el sedante sin poder llegar a preguntar. Tener une hije en el tiempo "equivocado" es fallarle a tu madre y no poder mirarla a la cara igual que antes. Considerarte un monstruo por rechazar el milagro divino de la vida en tu vientre. Porque nos crían pensando en que antes de ser persona, somos mujeres, por tanto, hay una serie de roles que debemos cumplir con altura. Madre (a tiempo). Buena (siempre). Pura (hasta el matrimonio). Es la abominación del video sobre el feto descuartizado que te pasaron en la escuela. Pero, al mismo tiempo, sabemos que es una práctica común que se realiza desde que el mundo existe.

Un secreto a voces. Al mismo tiempo, sabes (o no), en dónde se lo hacen las chicas con plata. Sabes, (o no), dónde se lo hizo tu vecina, tu mejor amiga del colegio católico, tu prima mayor. O a lo mejor nunca escuchaste del tema, y te hundes en la desazón infinita cuando ves las rayitas que marcan positivo en la prueba de orina, o cuando lees los valores >< del resultado en la prueba de sangre. Saber o no del tema puede salvar vidas. Por eso, es importante que hablemos de aborto.

Sin embargo, la discusión sobre el aborto en el Perú, y en América Latina en general, necesita ser comprendida desde un enfoque que tome en cuenta la clase social, la raza, y la identidad de género. Hablar sobre el aborto (y sobre la legalización de éste) es hablar sobre las desventajas que acumulan las mujeres pobres, indígenas, afrodescendientes y las personas trans, en contraste con las mujeres blancas de las clases altas. Ya no miraremos hacia otro lado cuando se trate de la interseccionalidad del asunto. El aborto es tan solo una cara de las tantas violencias que sufrimos por nuestra condición de mujer.

El embarazo no deseado es la marca de un Estado y una sociedad patriarcal sobre los cuerpos de todas nosotras, pero morir abortando es el castigo que te mereces por puta. Por ignorante. Por pobre. Pero por encima de todo, por mujer.

Gracias a las mujeres que quisieron compartir sus experiencias, son mujeres fuertes. Para algunas fue la primera vez que se lo contaron a alguien, que lo pudieron decir en voz alta. Con mucho esfuerzo, en algún tiempo veremos los años en que el aborto era ilegal y diremos ¿cómo era posible? y a nuestres nietes les parecerá inconcebible la idea. Será un largo camino, mientras tanto, informémonos, compartamos, hablemos del aborto, de lo contrario, solo seguiremos sumando casos a la larga lista de muertas por abortos clandestinos.

*Los testimonios presentados pertenecen en su mayoría, a mujeres peruanas radicadas en Lima pertenecientes a la clase media, todas escolarizadas y con grados universitarios y/o secundaria completa.

**Con proceso, también nos referimos al acompañamiento posterior del procedimiento, como escuchar las experiencias, dar consejos, o en general, acompañar durante el tiempo.

Consiguió un doctor que le hacera todo (el aborto) que no fuera tan sospechoso, le dieron unas pastillas, le dijeron que iba a estar un par de días con el tema, que iba a tener de sangre. Era día entero, se rante horas. Se le bajaba mucha

expulsó como un coágulo. Y al año siguiente salió embarazada otra vez y lo quiso tener. La otra amiga siempre la pasó mal. Fiebre. Escalofríos. Se desecompuso. Pero igual, sangró hasta expulsarlo. Felizmente ninguna tuvo que ir a emergencias y pudieron completar su aborto con pastillas. Recurrieron a otras y otras eran intravaginales. A uno, su pareja se las consiguió

una chica en una farmacia para que se las venda. Aunque los doctores sí los han tratado mal. Recriminándoles por lo que hicieron. Mi amiga quería tenerlo. Se había hecho la idea de ser mamá. Pero su familia no es toda de acuerdo, porque quien se iría del padre no era el "de al". Para tener un niño o una niña. La quisieron convencer de abortar, una familia que sí tenía las condiciones económicas para afrontar la manutención, también era una familia dispuesta a pagar mil soles en una clínica privada para realizarle un aborto. Era una familia católica. Finalmente, el aborto espontáneo fue muy triste para todos. La hija de mi novio, una vez fue amiga que es farmacéutica y la otra le iba a tener que ir a

Pre una prueba de orina y se cerró que me la hice muy temprano. Salgo positivo y lo llamé. Respondió también quito. A los días fui a hacerme la prueba de sangre y en el centro médico nos encontramos con una amiga de él y mentimos sobre la razón por la que estábamos ahí. Me acuerdo que fuimos a esperar a un restaurante cercano. Pero cuerdo que no ante cercano. Pero hablar. Yo estaba demasiado convencida de que iba a dar positivo. Me dieron los resultados y dije: puta madre ¿y ahora? Ni siquiera lo pensé, no hay forma, no quería. Ni siquiera había terminado la universidad. Y también es por esa cosa que los demás es pensan de ti, yo mi jar que eso pa cagado, me pen teníamos de qué hablar. Por la decisión que iba a tener. Nos dieron los resultados y dije: puta madre ¿y ahora? Ni siquiera lo pensé, no hay forma, no quería. Ni siquiera había terminado la universidad. Y también es por esa cosa que los demás es pensan de ti, yo mi jar que eso pa cagado, me pen

Cerré. Nunca pensamos en la posibilidad de tener lo, ni nos endulzó la idea, no, no, no. Fuimos al consultorio de una ginecóloga y nos pregunta: ¿qué quieren hacer? Y el difícil no queríamos tenerlo. A lo que ella contestó, dijo: ¿Tú qué quieres hacer? Y yo le dije: ni hablar, no quiero. Luego me hizo la ecografía. Y la imagen era una mancha negra. Entonces hablamos con un tío de mi novio que era médico y le contamos que no queríamos. Nos hizo una receta por las pastillas. También nos explicó cómo hacer el tratamiento. Creo que fueron dos veces al día y dar tenía que ponérmelas abajo. Mi novio quería que su tío me las ponga, pero yo no quería que él me toque, dije: No, es tuto, no, no hay forma

de que él me las ponga. Las pastillas las compró el porque vivía cerca a un hospital. Una vez fuimos a un hotel cerca a la universidad que parece una casa por fuera, pero todo el mundo sabe. Nos fuimos hemos las pastillas, luego larga saba nada con dió fiebre pero ni nada, no pasó ya estaba asqueada, me dos que él se fue a comer, me acuerdo clarísimo. Entonces era como: no funciona esta mierda, no funciona, qué hago, y bueno, no tengo nó. Pero antes de hablar con su tío hablamos contactado con una ONG de ayuda para

va abortar, pero no me dio confianza, me dijo varias veces que tenía que estar seguida, no pidió también todos mis datos. Bueno, después... después de las pastillas, ahí seguía, pero después de otra ecografía, quien me hizo la ecografía me dijo: ¿Estás embarazada? Pero, ¿te has hecho algo? Y lo negué todo, y le pregunté: ¿es la vida a perder? Y me dijo: No está creciendo bien. Y dije: no me pidieron quiere decirlos, me se enteraría mi R de inclusive os a un lugar que era una ong, pero raron con confianza, po. Llegaron, este ba afirmé me abrió a hacer en un apartamento, había lo hacía en una clínica, pero no me dio confianza, me dijo varias veces que tenía que estar seguida, no pidió también todos mis datos. Bueno, después... después de las pastillas, ahí seguía, pero después de otra ecografía, quien me hizo la ecografía me dijo: ¿Estás embarazada? Pero, ¿te has hecho algo? Y lo negué todo, y le pregunté: ¿es la vida a perder? Y me dijo: No está creciendo bien. Y dije:

me dijo: Ahorita hacen muchas cosas. La trama, ya la cargaste, aún si quisieras tenerlo, no puedes. Esa cosa no va a crecer bien, hay que limpiarlo. Entonces ahí medicó, y la trata. era la dueña. Y de hecho ahí se hacen muchas cosas.

Detrás de la luna

Por Ana Delia Mejía

Fue un error ir sola. A abortar no se va sola, sino con la mejor amiga o con el que te dejó el problema dentro. Pero tú no tienes amigas (aunque pronto tendrás una que valdrá por mil) y tu novio desapareció en cuanto se enteró la noticia, así que fuiste sola. Bueno, ni tanto, porque el miedo te acompañó a cada paso: se sentó a tu lado en el taxi y te tendió la mano al bajar de él, cruzó contigo el umbral del moderno edificio y respondió por ti las preguntas de la recepcionista. Luego subieron juntos los ocho pisos en ascensor, hasta el consultorio de aquel médico reputado y carísimo, a cuya cuenta bancaria fue a parar tu último sueldo íntegro. Pero no te importa. Tú no puedes arriesgarte a morir en manos de un carnicero, tú puedes darte el lujo de vivir tras un aborto.

Has llegado a una salita de espera. Te sientas a aguardar tu turno, como indicó la recepcionista. Subes la mirada y de inmediato, tus ojos se topan con los de una mujer que te mira fijamente desde la luna de la ventanilla ubicada exactamente frente a ti. Hay algo extraño en la forma en que te mira, y saberte sola con ella aumenta tu incomodidad.

—Sé a lo que vienes—rompe el silencio aquella mujer. Eres la viva imagen de la confusión—Vienes a asesinar a tu bebé.

¿Quién es? ¿Por qué te habla así? En medio de tu aturdimiento, la observas. Su aspecto es tan genérico que no la recordarías si volvieras a verla. No obstante, sabes que no olvidarás la dureza en su mirada ni el filo de sus palabras.

—Te vas a arrepentir, todas se arrepienten. Sabes que causa traumas, ¿no? Ninguna mujer olvida que mató a su hijo. Ninguna. Esa culpa las tortura hasta que mueren— tira a matar.

Acunando a tu hija recién nacida, vuelve a ti el fulgor particular de aquellos ojos genéricos. El discurso imborrable que brotó de aquella boca perfectamente olvidable.

Recuerdas (cómo no ibas a recordarlo) que tus rodillas temblaban y que, mientras intentabas inútilmente leer una revista, continuaste sintiendo su presencia y mirada juzgándote a través de la luna que las separaba.

Recuerdas que te levantaste de la silla apenas oíste tu nombre, pero que no pudiste avanzar.

Han pasado cuatro años desde aquel episodio y nunca te arrepentiste de haber roto el influjo de aquella mirada, el mismo que te mantuvo inmóvil durante largos segundos. Cuando entendiste que estaba y estaría detrás de cada luna, juzgándote, deseándote infertilidad, soledad y hasta muerte, fue entonces que lo rompiste y te dirigiste al consultorio.

Es hora de guardar esos recuerdos y buscar una canción de cuna. Lo encuentras y cantas. Te reclinas sobre tu pequeña. Le das un beso suave, cierras los ojos, aspiras su olor y te abandonas a la felicidad de aquel instante.

YO ABORTÉ

Por Johanna Casafranca

Ensayo

Recuerdos

Por Ana Patricia del Águila

La sensación del frío, mojado y confortable de la tierra negra húmeda, el gras verdecito que cubre las protuberancias cargosas del suelo como una manta y los insectos pequeñitos que suben por mis dedos, se detienen y mueven sus antenas sobre mi piel, como si hubiesen encontrado en mi algo delicioso para morder. Me asustaban y mordían, la mayoría eran hormigas rojas y negras. La parte trasera de la casa era el lugar donde el suelo levantaba la vereda; donde las perritas parían hermosos bebés que lamían mi cara y dormían en mis manitas. Era el único lugar de la huerta que no me daba miedo. Su inmensidad, sus hierbas tupidas, huecos o madrigueras en la tierra o árboles, donde se hallaban arañas, serpientes, bayucas o cualquier otro animal raro que me causaba curiosidad. Siempre pensaba que eran más hábiles que yo, y podían llegar a mí.

Mamá se ha quedado sin mercadería, es decir, sin juguetes novedosos, ropas para niñxs y adultxs, artilugios y cosas que facilitan la vida para la limpieza o la cocina. Es decir, nuevamente, mamá viajaría a Lima a hacer sus compras. Mamá se demoraba una semana fuera de casa, y siempre regresaba con algo que contar: sobre las cosas dulces que comió; sobre el centro de la ciudad donde desconfiaba hasta de sí misma; sobre los buses abarrotados que, por cierto, me causaban náuseas y no me emocionaba tanto como los dulces. Todas esas historias iban danzando fuera de sus labios, mientras sus brazos y dedos bailaban entre las cosas que traía…muñecos coloridos, ropas, zapatos suavecitos envueltos en bolsas transparentes y cajas de juguetes increíbles. Siempre llegaban las tías como loros habladores a ver todo lo nuevo.

Papá dejó a mamá en el terminal de buses. Ella dejaba la soledad a mi lado, como si tomara mi mano y la suya fuera fría. No podía evitar sentirla. Papá debía viajar el mismo día al Huallaga para ofrecer y cerrar tratos de posibles ventas de tractores. Era increíble cuando él llegaba montado en uno a la casa. Verlo entrar desde la puerta de la casa por el portón de la huerta, como si estuviera encima de un animal enorme y lento, colorido y brillante, con colmillos de acero llegando a la huerta de mi casa, cerca de mí, para ser reparado, y claro, montado por mí. Pancho, mi hermano, jugaba con mis sobrinos, todos varones. Salían a manejar bici, a jugar la pistolita, o con sus muñecos y carros. Yo juego sola la mayor parte del tiempo. Dicen que por ser muy pequeña malogro los juegos y más aún cuando hay que ser rápidos, como en las carreras de bici.

La casa no tiene ahora más que un adulto. No nos iban a dejar solos. Es Sandro, mi primo. Pronto nos dejarían con él más veces, creo yo. Jugué toda la tarde cerca de las voleibolistas que llegaban diariamente a casa para jugar hasta que el sol se esconda. A veces, les vendía mangos injertos de la huerta, o chocotejas que mamá me ayudaba a hacer. Siempre tenía dinero ahorrado en mi alcancía…todo para comprarme un pasaje en avión a Lima. Las voleibolistas me querían mucho, y celebraban mis carreras en bici sin rueditas desde la entrada de la huerta hasta el final de la casa, a toda velocidad, con capa y casco (una canasta naranja de plástico) incluido.

En la noche, Pancho y yo veíamos televisión en la sala, con todas las luces prendidas y todos los cojines en el suelo, comiendo galletas y jugando con muñecos.

No soy bonita

Llegué sola al consultorio. Había quedado con una amiga, pero a último minuto me dijo que no podía, que a su esposo no le gustaba la idea. Tenía los nervios erizando los bellos de toda mi piel. El doctor me explico todo el procedimiento de manera tranquila. Me dijo que no tuviera miedo, que todo estaría bien si yo estaba bien. En la camilla, estaba con las piernas abiertas hacia un doctor que me tocaba suavemente y conversaba sobre la vida, sobre paisajes que había visto; me preguntaba por lo que yo hacía…y yo me perdía. Su voz sonaba más fuerte retumbando en mi mente, y decía:

—Tranquila hija, tu presión está bajando, todo va salir bien, pero debes estar tranquila, vamos, conversemos…

Cuando acabamos, me dio la receta de las pastillas e indicaciones de lo que debía y no debía hacer. Me fui de allí como cuando entré -en la nada- y fui a casa. Desperté cuando el sol se estaba escondiendo y las fuerzas no estaban ni en mi alma. Me fui a la ducha, estuve tanto tiempo bañándome que mi cuerpo estaba frío. Sentía frío, pero no quería moverme de ahí, quería sentir algún calor que me embriagara y dijera que estoy bien, porque yo no era capaz…no era capaz de mantenerme en pie por un segundo más, y fue cuando… ¡CRASH! Sentí eso, un CRASH sonando en todo mi cuerpo. Me sostuve abrasándome, hundiendo las uñas en la espalda, cayendo de rodillas al piso -el agua fría aun corriendo-, ahogándome en un llanto interminable, chupando el estómago que se retorcía de dolor. Era yo, siendo golpeada sin piedad por recuerdos. Las patadas más fuertes que me sangraron la carne hasta quedar pálida. Era eso. La primera vez que aborté, me trataron como si fuera inerte. Me metían los dedos y lavaban con suero, una y otra vez. Sentí dolor todo el tiempo. Sentía que todo se me salía y, aunque había estado anestesiada, podía moverme…pero me reñían a mí. El doctor me decía que no podía ser tan débil, que no podía quejarme. Él podía tocarme cuantas veces quisiera; tal vez meterme sus dedos, según él, para limpiarme ¿le gustaba? Y cuando todo terminó ¿debía él darme la vuelta con el culo hacia arriba, levantado? ¿por qué me hizo doblar las piernas?, decía para calmar el dolor. ¿Por qué recién ahora recuerdo esto? Puñetazos. Ahora tengo más moretones invisibles que duelen en toda la piel, toda. ¿Por qué? ¿Por qué esta vez nadie me tocó demás? Nadie me prohibió sentir dolor. Me dieron tranquilidad. Me cuidaron. Fueron tan sensibles como lo estaba yo. Y aun comprendiendo esto, me vi tirada en el piso de la ducha, aun temblando de dolor, hundiendo más las uñas hasta sangrarme la espalda, aun con la garganta ahogada. Y cuando debían aplastarme, cuando debían romperme todo el cuerpo, machucarlo, triturarlo…fue cuando recordé el dolor del vientre de la primera vez. Sentí que, antes de aplastarme por completo, me bañaban en estiércol y me convertía en esa niña que por la noche veía tele con su hermano, se levantaba para ir a la cocina y su primo la llamaba a su cuarto. Le decía que era la niña más bonita del mundo…esa carita blanquita y con cachetes grandes y suaves. Tal cual, todo aparecía lentamente, cuando me sostenía y me besaba tan fuerte que mis labios y la piel alrededor de ella ardían. Y recordé el final, cuando él me sobaba con todas sus fuerzas mientras se masturbaba. Recordé cómo yo me miraba en el espejo del baño, con la cara roja, parada, haciéndome piñito en el fierro del lavatorio. Recordé sentarme en los cojines del suelo, junto a mi hermano, y llorando diciéndole a Pancho que quería que mamá y papá regresaran, que la soledad fría soltara de una buena vez mi pequeña mano. Tanto fue mi llanto y mi tristeza, que Panchito me abrazó, que Panchito ya no era el que me decía que no podía jugar, que era una niña pequeña odiosa, sino que todo estaría bien, que mañana me sentiría bien.

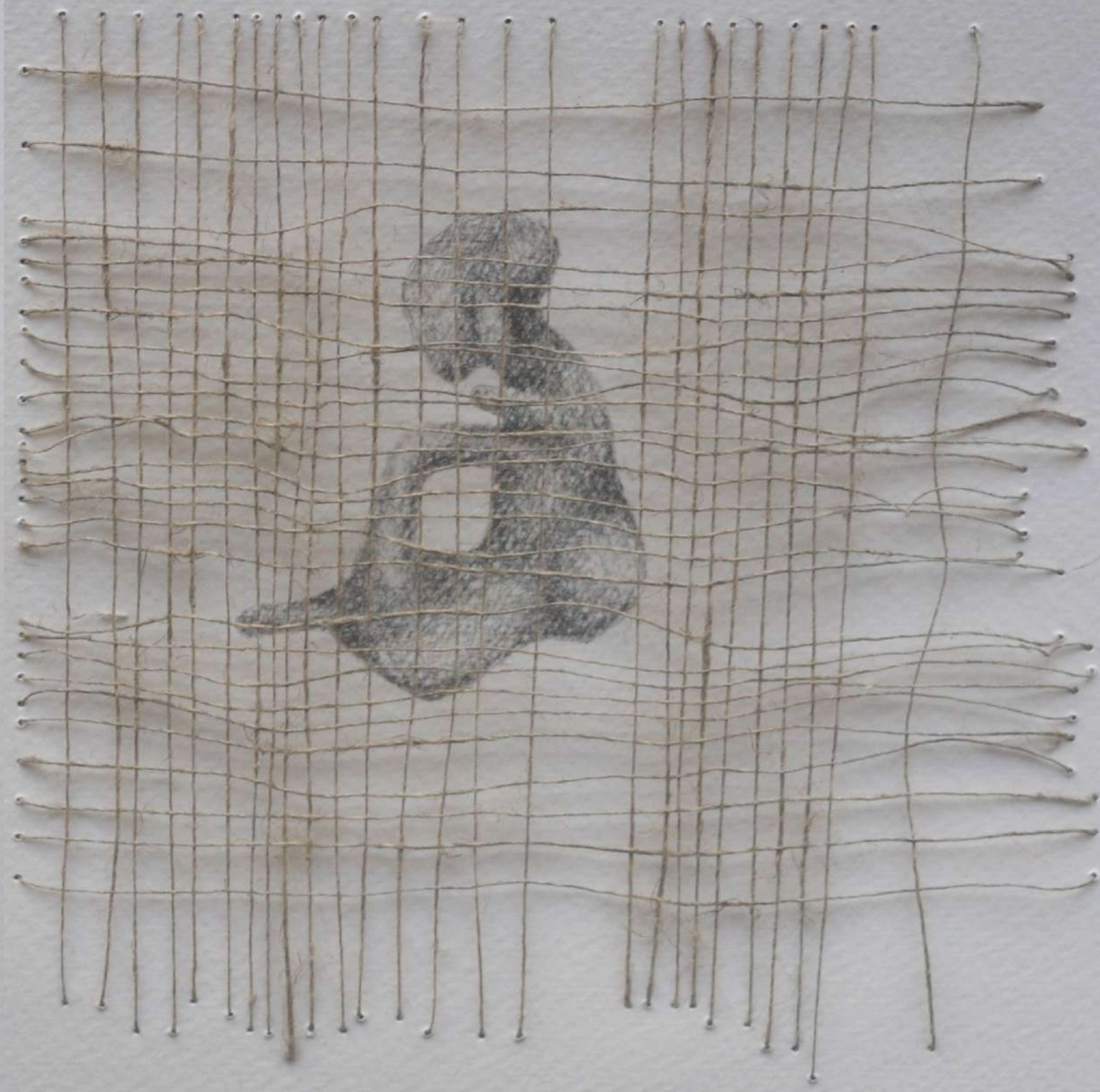
¿Sueño?

Aún puedo sentir el frío de la tierra húmeda y las patitas diminutas subiendo por mis pies, pero lo difícil es encontrar un lugar, así como el de la huerta de mi casa. Un lugar que me haga sentir que los rayos de sol son neblina dorada cayendo entre hojas de los árboles y se sientan calentitos sobre la piel. Es tan difícil respirar sin generar un suspiro denso, sin que el aire salga desde el fondo de un hueco…lleno de oscuridad y soledad. Pero también hay cosas muy fáciles, tan pero tan fáciles, como perderse viendo la pared blanca mientras te cepillas los dientes y dejas que la memoria juegue sucio. La memoria tiene una mano delante y una detrás. Esconde una carta escrita mientras duermes y te desdoblabas para no sucumbir en pesadillas. La mano de adelante te sostiene fría, pero sonriente. Ya no tengo la habilidad de convertirme en una niña, aunque aún lloro, me encapricho y sufro como una. Lo que todavía no descubro es si ya se soltó la soga que anudaba mi garganta a unos cuartos y un espejo.

Cuando estoy despierta, es difícil evitar pensar quienes más tienen alguna parte del cuerpo atada con uno o miles de nudos interminables, y preguntar ¿por qué no se puede, tan solo, disfrutar de una huerta, del sol, del frío de la soledad, de las patitas diminutas, o del miedo a los insectos?

Con el tiempo te volviste huaco.

Por Romina Chuls

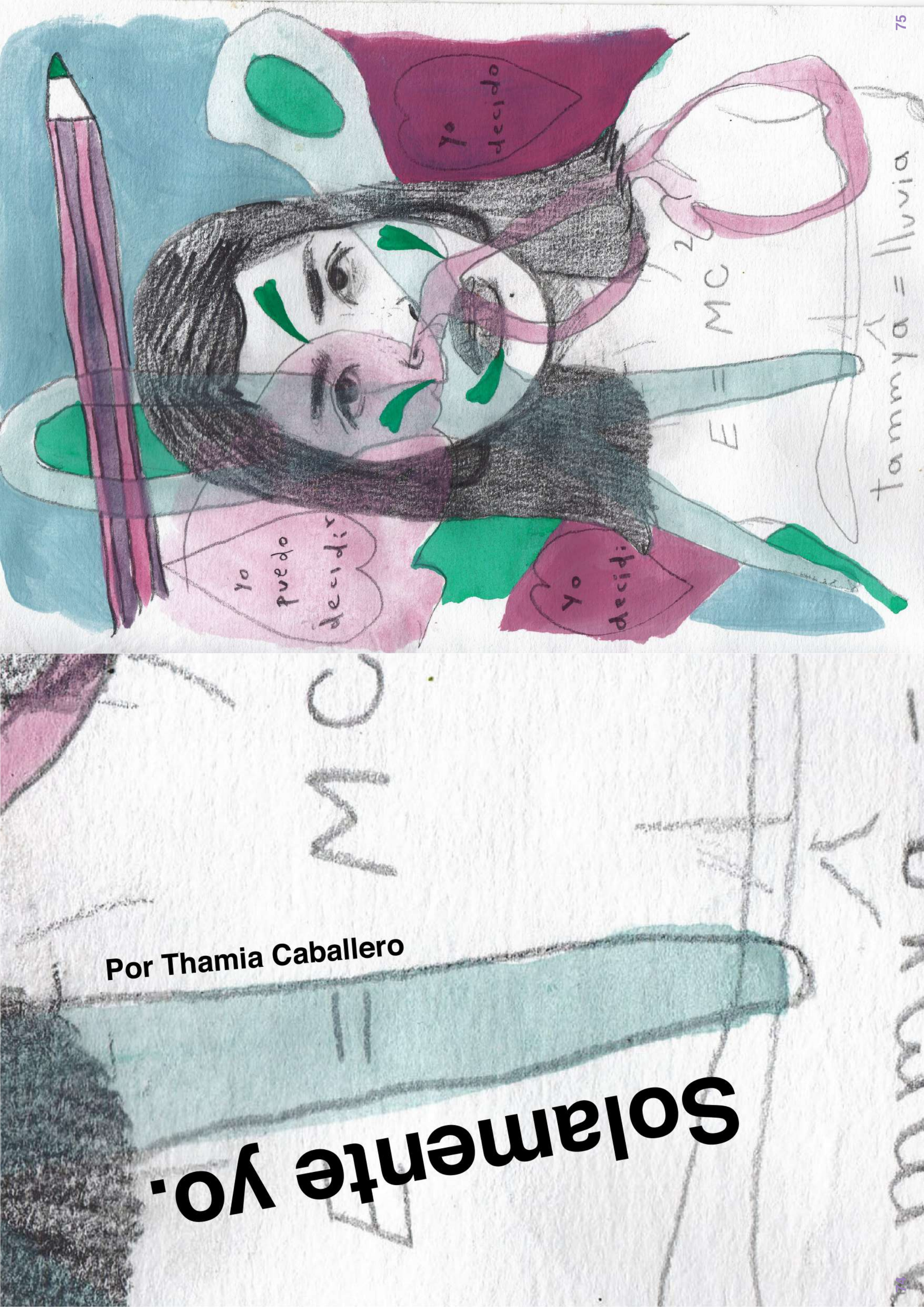


NO nos conocen

Por Celi

Fragmento

REENCUENTRO. -Entre días llego una mujer morena con aire prepotente. A su lado, 3 chicos. Yo atendía, cuando salió mi madre diciendo que era su prima y les hizo pasar. Hablaron largo tiempo, y luego mi mamá entró al cuarto y dijo:
—Se quedarán en la casa. Sin pelear ah.
Yo no sentía temor por ninguno, puesto que nunca había sentido temor por mis hermanos, ellos me cuidaban y sentí que también lo harían aquellos 3 chicos. Pasó aproximadamente una semana… semana en que me sentí muy incómoda, lo que comenté con mi madre. Pero claro, ella no los echaría por mi incomodidad. Mis hermanos se fueron a jugar y yo, sin ánimos, decidí prender la televisión. Mi madre y su prima se encontraban en la azotea curando al chico menor que se había accidentado el tobillo, cuando en eso, el hijo mayor entró al cuarto y me quitó el control. No dije nada, tenía miedo. Empezó a subirle al volumen y quitarse el polo, decía porque hacía calor. Me preguntó cosas que no recuerdo muy bien, pero lo que sí recuerdo es que bajó su ropa interior y sacó su miembro. Me empujó y en el forcejeo por gritar, me golpeó. No recuerdo lo que pasó, pero desperté en mi cama, como si nada hubiera pasado y vi que todos estaban como si nada hubiera pasado. No sabía qué había pasado, y menos qué decir o cómo decirlo. Estaba asustada. Pase dos días así, hasta que se fueron. No recuerdo mucho qué paso días después, solo sé que la psicóloga en mi colegio lo supo. Me expulsaron de aquel colegio.
Aquella noche todos gritaban, sin saber cómo había pasado e intentando resolver el cómo decirle a mi padre (un hombre mayor con tufo a cerveza, violento y agresivo). Aquello era la peor parte. Yo solo quería sentir que era una pesadilla.
Nunca pasó. Nunca le dijeron. Nunca denunciaron. Todxs callamos.
Mi madre me enviaba con la hija de la inquilina a jugar. Algunos días tenía pesadillas, y lo único que tenía en mente, era su cuerpo sobre el mío. Pase casi un mes en el que me desmayaba con frecuencia y me sentía peor que los primeros días. Mi madre decidió llevarme a la ginecóloga. Salió llorando. SI. Estaba embarazada. No solo debíamos ocultar aquel incidente, sino también un feto. Ella decidió que tendría que abortar. Nunca tome juego en aquella decisión, solo sabía que no quería una responsabilidad en mi vida y que nunca la había deseado. Me llevó con una partera. Anestesiada. Solo recuerdo los retorcijones que me daba cada noche al dormir.
Nunca lo dijimos. Nunca lo denunciamos. Todxs callamos. Años después, aquel tipo se atrevió a volver y mi madre los recibió. Fui yo a quien ocultaba, como si fuera la culpable. Tenía muchos años sin saber que aquello que mi madre había decidido por mí era un delito, estaba penalizado. Pasaron años, y mi padre nunca supo, ni lo sabe y ni lo sabrá.
XXIII (FINAL)
Cafés. Trabajos. Tareas. Deberes. Relaciones sexuales. No responsabilidades afectivas. Chicos/ chicas/ chicxs. Caminos deudores. Miedos desgarradores. Silencio en los párrafos. Coros sin repeticiones. Letras con mensajes. Llanto sin retorno. Hiedras como adornos. Música. Marihuana. Amor. Bailes. Ningún fin. Silencio. Nada cura. Chistes de mal gusto. Golpes como insinuación. Risa de ternura, sin ternura. Amenazas festivas. Amaneceres. Amanecer es pelear por algo. Llorar. Olvidar. Soportar. Soportando. Calle. Hip Hop. Alcohol. Frustración. Tragos. Trasnochadas. Silencio. Normalización. Miedo. Mentiras. Escape. Autoprotección. Negación. Silencio. Acompañé a abortar a mi novia. Vivimos con el violentador. COSTUMBRES y MATRIMONIO.



Solamente yo.

Por Thamia Caballero

LAS PALABRAS DUELEN MAS QUE LAS BALAS
TKM

Ave María

Por Daniela Del Castillo

Hay que dejar la ropa doblada
y vestirse de bata blanca:
bendita eres entre todas las mujeres.

un pie a cada lado de la camilla,
por favor,
separe las piernas.

Dios te salve, María:
abrir las piernas es
ingresar al sacro templo.

Respira. Deja que se deslice.
En la pantalla blanco y negro
jamás sabré qué es un altar.

¿cuándo comenzaste tu vida sexual?
¿con cuántas personas te has acostado?

Mi mamá nunca sabrá las respuestas:
estará echada en su cama leyendo el periódico
mientras yo aprendo a pagar una clínica
y a responsabilizarme de mi capitalidad.

De las paredes inmaculadas,
cuelgan imágenes de bebés rosados
y espermas fecundado óvulos,

sin pecado concebida;

dónde están
los cuerpos
brillantes e indomables,

llena estás de gracia;

dónde están
los cuerpos
saludables y hambrientos

bendito el fruto de mi vientre;

donde están
los íconos
que susurran tenuemente:

no tengas miedo.

no tengas miedo a la pastilla,
a los condones, a los hombres.

Yo aborté, tu mamá también.

por Farrah Escobar

Escúchala en @Farrah.escobar

ME CAGO
EN EL
PATRIARCADO

RESPETA
MI EXISTENCIA
O ESPERA
MI RESISTENCIA
MARCHO
PARA
QUE MI
NIETA
SEA
LIBRE

Existir es resistir

Por Val Moreno

Caziopía

por Dila Henostroza

A través de la mirada de veintidós autoras, seleccionadas de entre más de cincuenta postulaciones, construimos este libro destinado a compartir miradas en torno al aborto en el Perú, como un registro espontáneo de época, de carácter rebelde y atemporal.

Fue en mayo del 2020, durante el aislamiento social obligatorio, que decidimos lanzar el concurso “El aborto en mi vida (y en la de las otras)”, dividido en dos categorías. La primera fue Letras y el jurado estuvo compuesto por la periodista colombiana Helena Calle, la activista de derechos humanos Sasa de la Cruz, y la escritora Tilsa Otta. La segunda categoría fue la de Artes Visuales, y tuvo como jurados a la socióloga Malú Machuca, la creadora audiovisual Kathya Romero, la artista visual Yssia Verano y la artista colombiana Linda Pongutá.

Este libro contiene los trabajos galardonados, realizados por Cecilia Sime, Valeria Román y Bereniz Tello, en la categoría Letras. Y por Constanza Hidalgo, Lesly Luján y Neufa Quispe, en la categoría Artes Visuales. Además, incluye una serie de trabajos destacados de ambas categorías, pertenecientes a Ángela Palomino, Angi Lozano, Judith Tarrillo y Katherine Fernández, Celeste Alfaro, Angi Lozano, Claudia Miyahira, Ana Delia Mejía, Johanna Casafranca, Ana Patricia del Águila, Romina Chuls, Celi, Thamia Caballero, Daniela del Castillo, Farrah Escobar, Val Moreno y Dila Henostroza.